René Laurentin

¿Ha muerto Dios?

RENÉ LAURENTIN

¿Ha muerto Dios?

1968

El presente opúsculo consta de una serie de colaboraciones escritas en francés para el semanario *Famiglia cristiana* (Alba-Italia). Han sido editadas en libro (Alba, 1968) bajo el título *Dio dopo la morte di Dio*, y en París (1968) bajo el título *Dieu est-il mort?* / La traducción castellana, del francés, es de *Ezequiel Varona*.

Í N D I C E

1. La crisis de la fe ... 4
2. El Concilio ¿ha cambiado la fe? ... 16
3. La fe ¿es una certeza? ... 26
4. Hacer la verdad ... 35
5. Crisis de crecimiento ... 41
6. La felicidad del creyente ... 49

1. LA CRISIS DE LA FE

Hoy se discute la fe de dos maneras.

Por una parte, después del Concilio, han surgido exigencias nuevas y constructivas; la fe ha de ser más conforme a la palaba de Dios, al Evangelio, más comprometida con la realidad del mundo, más adaptada al lenguaje y a las profundas cuestiones planteadas por la mentalidad moderna.

Por otra parte la fe está sufriendo una especie de «crisis negativa», como si ya no tuviera lugar propio; se discuten ciertas fórmulas dogmáticas, se ponen en duda o por lo menos se relativizan, es decir, se las despoja en gran parte de su valor absoluto. De aquí deriva cierta desorientación.

¿Es, quizá, conveniente comenzar esta serie de capítulos analizando esa crisis? ¿Haremos bien abordando el problema desde un punto de vista negativo? ¿No es peligroso? El que se pone a gritar: «¡Fuego! », en medio de una muchedumbre puede provocar oleadas pavorosas y a veces incidentes mortales; lo mismo que cuando se habla de una epidemia, incluso el que está bien empieza a tener miedo y a sentir malestar. Esta es la verdad, y hay que evitar el pánico en consecuencia.

Sin embargo, y aleccionados por Pablo VI, no tenemos miedo de enfrentarnos con la cuestión, aun en sus costados difíciles y obscuros. El 29 de marzo de 1967, cuando envió a los obispos del mundo entero el programa de los cinco puntos sometidos a la atención del Sínodo, el Papa formuló así el primer punto:

> *«Peligros que amenazan a la fe y las diversas formas de ateísmo».*

Sí, la fe encuentra hoy dificultades. Cada uno de nosotros las experimenta en alguna manera, clara o veladamente, y se pregunta sobre lo que está sucediendo: ¿Por qué cierta fe fácil, que se adquirió en la infancia como una buena costumbre, se encuentra tan sacudida y a veces desgarrada?

¿Por qué en nuestra vida parece algo fluctúan te, como una nube, y no la fuerza que animaba a los primeros cristianos, comprometiéndoles por completo, individual y comunitariamente? ¿Se trata de un flagelo, de una enfermedad espiritual de nuestra época o de una crisis de crecimiento?

La hipótesis más acertada es la última. Así lo reconoció el Sínodo de los obispos en octubre de 1967. Se trata de una crisis de crecimiento. Pero toda crisis de crecimiento puede resultar dramática si el que la experimenta no sabe explicarse lo que le está pasando. Puede creerse enfermo, puede obsesionarse con la idea de la enfermedad, y esto es precisamente lo que hay que evitar.

No tengamos miedo a las palabras ni a los hechos. El don de Dios nos hace fuertes con la resurrección de Cristo que comenzó en nosotros con el bautismo y que madura en la Iglesia como una primavera en la muerte aparente del invierno. Y somos fuertes precisamente por nuestra solidaridad en ese dilatado esfuerzo de reconversión que audazmente ha decidido la Iglesia en el Concilio, contando con un esfuerzo más claro y generoso de todos los cristianos. Comprendamos, pues, lo que se nos echa encima, como le sucedió a san Pedro al caminar sobre las aguas.

¿Qué es esta «crisis de la fe» de que hoy tanto se habla? ¿De qué proviene? ¿En qué consiste? ¿Cómo sal irle al paso?

1. -Los síntomas

Comencemos por el principio. ¿Cuáles son los síntomas de la crisis de que se habla? Por ahora nos limitaremos a examinar un hecho que se está verificando en el extranjero en numerosos países católicos y que no obstante es sorprendente e instructivo: el nacimiento y difusión de las así llamadas «teologías de la muerte de Dios».

a) Difusión y paradoja de las teologías de la muerte de Dios

La expresión es paradójica, porque *teo-logía* según la etimología misma de la palabra significa ciencia de *Dios,* en griego *Theós.* Hablando de la muerte de Dios, la teología parece negar su mismo objeto. En el siglo xi san Anselmo denunció el principio de esta contradicción meditando el *salmo* 52: *«Dijo el insensato en su corazón: No existe Dios».* Dios es el ser que existe por sí mismo, necesariamente, observaba san Anselmo. Decir que el ser necesario no existe es una contradicción en los términos. Por eso

el salmista llama insensato al que dice semejantes palabras: «Se contradice y condena a sí mismo».

El insensato de hoy dice: «Dios ha muerto». Pero Dios no muere. Es el Viviente absoluto. Es la Vida misma. Quien dice tales palabras es, pues, un insensato como su predecesor del salmo. Es más, la teología de la «muerte de Dios» rechaza su mismo asunto, como haría un letrero de esta guisa: «Peluquero para calvos», o «Pedicuro para quien no tiene piernas».

Por tanto ahondemos más, porque no se saca nada de bueno recurriendo a una simple caricatura para desembarazarse de una idea difundida. Podremos desembarazarnos de una idea, pero no suprimiremos el problema.

El hecho de que una fórmula tan absurda haya tenido tanto éxito en América, Holanda y otros países y que se afirme en ambientes propios de las jóvenes generaciones, constituye una señal de los tiempos. Por eso no fue pequeña mi sorpresa cuando en Navidades recibí un mensaje firmado por un grupo de estudiantes católicos que decía así:

> *«Para nosotros el grande mensaje de la Navidad es la muerte de Dios... El Dios inventado por los hombres para responder a los misterios de la naturaleza; del «orden establecido» y del mal. Ahora sabemos que a medida que aumenta el conocimiento del hombre, disminuye el poder de Dios... Por el contrario, nosotros estamos descubriendo el sentido de las palabras de Cristo y de san Pablo, el sentido de la Escritura y el sentido mismo de un buen número de conceptos religiosos elaborados por los teólogos».*

«Muerte de Dios». Esta forma paradójica y publicitaria sirve para indicar teorías diversas, buenas y malas. Malas; las de los que niegan a Dios, o ateos; buenas: las de aquellos que constatan que una cierta idea simplista de Dios ha muerto y hay que buscar a Dios de una manera más digna de El.

b) «La muerte de Dios» según la tradición

La fórmula «Dios ha muerto» es muy antigua. En la tradición cristiana designa el drama del Calvario: la muerte de Cristo, Dios hecho hombre, en la naturaleza humana, para salvarnos. El amor arrastra a Dios a la muerte. «Dios muere para vivir en ti», decía una antigua canción alemana.

c) «La muerte de Dios» según los enemigos de Dios

En Europa, en el siglo xix, la «muerte de Dios» tomó la forma de un mito extraño y vertiginoso. La tesis aparece primeramente en el sueño romántico de Jean-Paul Richter, popularizado por Madame de Stael *(De l'Allemagne,* 1810). Acontece en un cementerio, poco antes de media noche. Se entreabren las tumbas y salen de ellas las sombras de los muertos. Preguntan a Cristo, y éste responde:

—No tenemos Dios... Todos somos huérfanos. Ni vosotros ni yo tenemos padre.

Parecidos sueños se encuentran en Gérard de Nerval y Henri Heine:

> *«Nada lo ha podido salvar, escribe el último. ¿Oyes la campanilla? ¡De rodillas! listan llevando los sacramentos a Dios que agoniza».*

Este mito expresa el presentimiento de un mundo nuevo, en el que Dios pierde el puesto que tenía y tiende a desaparecer del corazón de los hombres. En los reformadores sociales, el mito se estructura. Para Feuerbach, uno de los inspiradores de Marx, Dios es la alienación, y la muerte de Dios es la liberación del hombre esclavizado. El mito de «la muerte de Dios» adoptó su forma más negativa y agresiva en *Zaratustra,* de Federico Nietzsche. En esta obra el «último hombre» anuncia que Dios ha muerto y Nietzsche celebra esta noticia. Es más, llega a convertirse en actor de este drama, de este asesinato. Para él la muerte de Dios equivale a la liberación del hombre y prepara el nacimiento del «superhombre». Según Nietzsche, Dios puede vivir tan sólo en la conciencia humana, donde es un huésped indeseable: «Es un pensamiento que tuerce lo que está derecho». El ateísmo del siglo xix es un humanismo. Busca la muerte de Dios para que pueda vivir el hombre.

2. Los cristianos ¿son responsables del ateísmo?

Por desgracia este mito ha sido inspirado en buena parte por representaciones falsas de la religión y del mismo cristianismo, presentaciones estrechas, opresivas, convencionales, al servicio de intereses extraños a Cristo y al Evangelio. Así Voltaire pese a su anticlericalismo, celebraba la Pascua en Ferney, en la capilla de su castillo, con sus labradores, a fin de salvaguardar «los principios» que aseguraban la sumisión en conciencia de

los hombres que explotaba. A veces se ha llegado a oprimir a los hombres en nombre de la «moral cristiana», utilizada en un sentido ajeno al mensaje de Cristo. Y no se trata de algo que sucedió hace tanto tiempo. Pensemos en Iberoamérica. Un buen número de obispos han dado un estupendo testimonio evangélico despojándose de las tierras de la Iglesia para facilitar la reforma agraria y desterrar la miseria, principalmente en Chile. En cambio otros han bloqueado la reforma agraria en nombre de «la moral cristiana del derecho de propiedad». En 1963, sin ir más lejos, cuando las autoridades brasileñas intentaron tímidamente requerir las tierras que los grandes propietarios no cultivaban, ciertos prelados declararon que un cristiano no podía aceptarlas. En el Sínodo, un obispo de Chile, monseñor Pinera Carballo, dijo claramente que los errores de esta clase eran la causa determinante de la «crisis de la fe» en América latina (7 de octubre de 1967):

> *«En nuestro continente el ateísmo procede de los sentimientos y de las condiciones de vida, más bien que de las ideas.*
>
> *»Entre nosotros el «laicismo» ha sido y sigue siendo una reacción de la clase media que últimamente ha llegado a la riqueza y al poder, reacción no contra Dios, sino contra la Iglesia católica, que le parecía detentar el poder, la riqueza y la cultura en connivencia con la aristocracia, que le obstruía el paso. El anticlericalismo ha precedido al ateísmo. Los laicistas han acabado por no creer en Dios.*
>
> *»Lo mismo sucede con el marxismo. Nuestro pueblo, nuestros intelectuales, nuestros estudiantes no se acercan al marxismo porque es ateo, sino a pesar de ser ateo. Buscan un cambio de estructuras económicas y sociales y hallan en el marxismo un sistema eficaz y coherente, una teoría que implica una «praxis», un método animado por una mística. La Iglesia, en vez, les parece incapaz de cambiar eficazmente la mentalidad de sus mismos seguidores. Por eso pierden la confianza en ella, se inclinan por el marxismo y a través de éste caen en el ateísmo...*
>
> *»Lo más útil hoy no es pararse a señalar los errores, sino liberarnos de ciertas costumbres y comprometernos con el mundo actual guardando fidelidad absoluta al Evangelio».*

Monseñor Carraro, obispo de Verona, el 8 de octubre pasado proponía ideas parecidas por lo que se refiere a la situación industrial del mundo europeo:

> *«La industrialización* —dijo substancialmente— *es un progreso, como ha afirmado Pablo VI en la «Populorum progressio». No obstante, implica un riesgo: un proceso de des personalización. El hombre es absorbido por los valores económicos y técnicos. Los obreros se vuelven maquinas o simples engranajes carentes de personalidad. El hombre es sacrificado a la ley férrea de la producción. Este es uno de los factores del ateísmo práctico».*

Por tanto el tema de la «muerte de Dios», según Nietzsche y los reformadores socialistas del siglo xix, comporta una lección. Nos invita a tomar muy en serio el Evangelio y sus exigencias, el mensaje de la liberación tan maravillosamente anunciado por san Pablo. El verdadero mensaje de Cristo no paraliza ni el pensamiento ni la acción al servicio de la verdad, de la justicia, del progreso y de la búsqueda que él mismo implica. Por el contrario, los exalta.

Cuando traicionamos este mensaje en nuestra vida, nosotros, que nos preciamos del nombre de «cristianos» o de «naciones cristianas», matamos a Dios en el corazón de los hombres y de los pueblos. El drama de los pueblos que han «perdido a la clase obrera», como ha pasado por ejemplo en Francia, corre peligro de repetirse en todos los pueblos, porque las «naciones ricas» son las naciones cristianas y éstas no han sabido resolver el problema de las naciones subdesarrolladas. Por lo demás, la ley férrea de la economía degrada los términos del cambio y mantiene a ciertos pueblos en el subdesarro11o y en la miseria. Tal es el caso del Brasil, por ejemplo. Aquí no se trata de acusar a un determinado grupo o a una nación específica, sino de cargar cada uno con nuestras responsabilidades —familiares, profesionales, políticas o eclesiásticas—, de manera que manifestemos con nuestras palabras y obras al Dios que libera y no su caricatura. Nosotros somos la imagen de Dios para los que no creen. Tratemos de serlo en espíritu y en verdad. Se trata de una responsabilidad grave. Y para enfrentarse con ella Pablo VI escribió la *Populorum progressio.*

3. La muerte de Dios es la muerte del hombre

La «muerte de Dios», según Nietzsche, nos depara otra lección. En efecto, este tema ha originado otro en la sociedad misma donde había surgido. La «muerte de Dios» trae consigo la «muerte del hombre», diagnosticada por el estructuralismo. Michel Foucault, filósofo de esta nueva corriente del pensamiento, acabó así su libro *Les mots et les choses*:

«El hombre es una invención cuya fecha de nacimiento y próximo fin señala fácilmente la arqueología de nuestro pensamiento».

En otras palabras, el hombre se había autoexaltado negando la trascendencia de Dios. Pero hizo como el leñador que corta la rama sobre la que estaba sentado. Su liberación toma la forma de una caída libre. Michel Foucault reconoce esta consecuencia:

«Hoy no es la ausencia o la muerte de Dios lo que se afirma, sino el fin del hombre... La muerte de Dios y el fin del hombre están unidos... Según Nietzsche es el último hombre el que anuncia que ha matado a Dios... Mas que la muerte de Dios, o mejor, en la estela de esta muerte, y según una correlación profunda con ella, lo que anuncia el pensamiento de Nietzsche es el fin de su verdugo».

Roger Martin du Gard descubrió esta conexión bastante antes que Michel Foucault. Uno de los personajes de su novela *L'éte,* 1914, afirmaba:

«Nietzsche ha eliminado la noción de Dios. En su lugar ha colocado la noción del hombre. Pero esto no es nada; es solamente la primera etapa. El ateísmo irá pronto más lejos y suprimirá la noción del hombre».

4. TEOLOGÍAS CRISTIANAS DE LA «MUERTE DE DIOS»

No cabe duda: matar a Dios significa matar al mismo tiempo al hombre. Si Hitler fue el hombre «liberado», según Nietzsche, es también el símbolo de una de las mil maneras en que la «muerte de Dios» implica la muerte de los hombres: muerte de millones de soldados, muerte de millones de hebreos, muerte de Hitler mismo en las ruinas apocalípticas de Berlín.

Pero la «teología de la muerte de Dios» de que hoy se habla no es la de Nietzsche. Nietzsche era anticristiano y no tenía intención alguna de construir una teología, sino una anti-teología, un humanismo ateo.

Las «nuevas teologías» son obra de cristianos deseosos de vivir el Evangelio. Los primeros que se han lanzado por este camino han sido los protestantes americanos. Cierta imagen de Dios —la que criticó Feuer-

bach— producto de una religión estrecha y simplista, tendía a desaparecer. No había motivo alguno para que subsistiera y en cambio sobraban motivos para que se superara. Su crítica se dirige especialmente contra cierta «religión americana», floreciente pero limitada, que ya no necesita censura. Tal religión era una coartada, más bien que una realización de las exigencias evangélicas: buscaba una seguridad formalista ante un Dios-asegurador-para-la-vida-eterna a cambio de algunas prácticas de piedad y muchos dólares, sin una relación especial con su vida. Lo que hay de positivo en los teólogos de la «muerte de Dios» es que tratan de descubrir a Dios en la fuente del Evangelio; no tratan de fabricarse «un pequeño mundo religioso», de conservar en un mundo secularizado algunos islotes de religiosidad, al estilo de las «reservas de los indios», sino que pretenden vivir el Evangelio en el mundo mismo, trabajando para establecer la paz, la justicia, el don de sí y la fraternidad entre los hombres. El elemento positivo correspondería al contenido de esta antífona del breviario: *Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (aunque no tenga una conciencia muy clara).

Pero la crítica de estos teólogos va a veces mucho más lejos. Renunciando a las estructuras, a los dogmas, a las instituciones, llega hasta el punto de perder el sentido de la realidad objetiva de Dios y el de la divinidad de Jesucristo. Ven en el Cristo del Evangelio al *hombre* que se revela del mejor de los modos a ellos mismos, pero no al Dios hecho hombre para salvarlos. Pierden al mismo tiempo el sentido de la encarnación y el sentido de la trascendencia. Solamente queda el hombre; así P. Van Burén, J. J. Altizer o W. Hamilton y algún otro joven católico arrastrado por ellos.

En otros, como en Harvey Cox o en G. Vahanian, la búsqueda original y nueva sigue siendo profundamente cristiana. Tal es el caso de Dietrich Bonhoeffer, de quien dependen estos teólogos, sin conservar, empero, lo mejor. Bonhoeffer, por otra parte, no es un teólogo de la «muerte de Dios»; él habla más bien de un «silencio de Dios» o de una especie de «debilidad de Dios» en la línea de la encarnación. Suele citar este pasaje del evangelio de san Mateo (8, 17): *«El tomó nuestras flaquezas y llevó nuestras enfermedades»*.

> *«Según este versículo* —comentaba— *es evidente que Cristo no nos ha socorrido en virtud de su omnipotencia, sino en virtud de su debilidad y de su sufrimiento... Dios es impotente y débil en el mundo, y precisamente así está cerca de nosotros y nos ayuda».*

Ese mismo sentido tiene la frase del abate Huvelin al padre de Foucauld:

> *«Cristo ha elegido el último lugar, de tal suerte que nadie se lo podrá arrebatar».*

Bonhoeffer murió como un mártir en el sentido etimológico de la palabra, como «*testigo*» de su fe en Jesucristo. Teólogo protestante de los más exigentes, disponía de todos los medios necesarios para librarse del hitlerismo. Diversas universidades inglesas y americanas le invitaron y ofrecieron una existencia libre y dorada. No tenía más preocupación que la de elegir. En Alemania, en cambio, le habían prohibido que enseñara y su misma vida se hallaba en peligro. Sin embargo, en 1935 abandonó voluntariamente Inglaterra v en 1939 abrevió su *tournée* de conferencias por los Estados Unidos y volvió a su patria, sabiendo perfectamente lo que le esperaba. En efecto, fue ahorcado por la Gestapo el domingo de la octava de Pascua de 1945, después de haber celebrado el culto para sus compañeros de prisión. Lo que en él se refiere a la «muerte de Dios» es algo muy profundo, como la noche obscura de san Juan de la Cruz. Es su propia muerte en Jesucristo. Su fe dogmática era sólida, y muy pocos han vivido como él la exigencia del Evangelio de Cristo.

La corriente que a él se refiere es de valor innegable y de orientaciones muy diversas incluso en lo que concierne al sentido dado a la expresión «muerte de Dios». Hallamos la experiencia de la «noche mística» que Bonhoeffer atravesó, para terminar con un ateísmo radical que no conserva sino una conexión vivida con el mensaje del Evangelio, y con esta constatación de hecho: Dios ha muerto en el corazón de un gran número de contemporáneos; en quienes profesan el ateísmo y en quienes son ateos de corazón, por inclinación o por impotencia; y también en individuos que llevan el nombre de «cristianos». El lugar de Dios, tal como estaba inscrito en las instituciones de la cristiandad, disminuye inevitablemente; hay que descubrir aún una manera diversa de hallar a Dios, una manera más personal y adecuada al mundo de hoy.

Pese a sus consecuencias, sus riesgos y sus errores, la corriente de los teólogos de la «muerte de Dios» contiene, pues, enseñanzas útiles para nuestra diagnosis de la crisis de la fe.

Helas en síntesis:

1. Se ha abusado sin duda alguna del nombre de «Dios» y se le ha deshonrado; se ha presentado su caricatura, como se ha reconocido claramente en el Concilio:

> *«El ateísmo, considerado en su total integridad, no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente, en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener no pequeña parte los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la formación religiosa o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión»* (Gaudium et spes, n. 19).

Las «teologías de la muerte de Dios» son en cierto modo una reacción contra los abusos del lenguaje. En este sentido nos hacen pensar en los primeros cristianos, a quienes se les acusaba de ateos porque no adoraban a los dioses paganos y decían con san Justino: «*Nosotros somos ateos de esos dioses*» (Apología, 6).

> *«Si nos remontamos a la etimología del término del ateísmo y a la manera en que ha sido aplicado, incluso en Spinoza, hay que admitir que es denominado ateo todo pensamiento que sitúa o define diversamente lo sagrado», escribe el filósofo francés Merleau-Ponty.*

2. Con más frecuencia se ha pecado de formalismo. Dios estaba inscrito nominal y abstractamente en toda clase de instituciones, principalmente en los tribunales, donde se prestaba juramento ante El, sin preocuparse de contradecir al Evangelio: *«Mas yo os digo que no juréis en absoluto...»* (Mt 5,34).

Bastaban las formas religiosas exteriores, mientras que la vida permanecía completamente extraña a las exigencias del Evangelio y a Dios mismo. En un mensaje dirigido al Sínodo, los religiosos de vida contemplativa se hicieron eco de la exigencia positiva encerrada en esta corriente. Porque un verdadero contemplativo es en efecto, un hombre que está presente en su tiempo y condivide su vida. El se hace eco de sus deseos, como

un día san Bernardo. He aquí el mensaje leído en el Sínodo el 10 de octubre de 1967:

«El contemplativo que por vocación se retira al desierto... sabe reconocerse en las pruebas que asaltan a algunos cristianos. Comprende sus penas y distingue el sentido de las mismas. Conoce la noche obscura: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22>2; cfr. Mt 27,46)... El mundo está tentado de caer en el ateísmo, en la negación de este Dios que no puede ser captado en su nivel... Según algunos, no se puede alcanzar a un Dios que, por definición, seña trascendente, al contrario...

»También el contemplativo cristiano tiene conciencia de este dato fundamental, tan arraigado en la tradición mística, según el cual el Dios que se nos ha revelado en su Palabra se ha revelado como desconocido, en cuanto que es inaccesible en esta vida a nuestros conceptos (Ex 33,22)... Familiar de un Dios «ausente» e «inexistente» para la naturaleza, el contemplativo se encuentra quizá en mejores condiciones para entender la actitud de los que no están satisfechos con una presentación del misterio reducido al nivel de una cosa. Pero al mismo tiempo sabe perfectamente que Dios concede al espíritu atento y purificado la posibilidad de captarlo más allá de las palabras y de las ideas.

»De manera semejante el contemplativo comprende con mayor facilidad cómo la tentación del ateísmo que amenaza a ciertos cristianos puede probar su fe de manera saludable, como una prueba que no carece de analogía con las «noches de los místicos». El desierto pone al desnudo nuestro corazón; aleja nuestros pretextos, nuestras coartadas, nuestras imágenes imperfectas de Dios; nos reduce a lo esencial, nos pone frente a nuestras verdades sin que podamos desentendernos. Esto puede ser beneficio so para la misma fe; entonces es cuando se manifiestan en la profundidad de nuestra miseria las maravillas de la misericordia de Dios. Si pasa por senderos desiertos, con los cuales la tentación de ateísmo puede tener cierta semejanza, la experiencia del contemplativo no es negativa; también la ausencia del Dios trascendente es, de manera paradójica, su presencia inmanente...

»La noche de la fe desemboca en la seguridad inadmisible, radicada en nuestros corazones por ese mismo Dios que nos ha querido probar. La vida claustral misma atestigua la realidad de esta

historia... Nosotros hemos comprendido cuán verdadero es que Cristo ha resucitado».

2. EL CONCILIO ¿HA CAMBIADO LA FE?

Continuemos nuestra investigación sobre la crisis de la fe.

En el capítulo precedente nos hemos ocupado de algunos teólogos audaces que están suscitando mucho interés, y hemos concluido que la fe, para poder subsistir, tiene que hacerse exigente. No puede contentarse con falsas apariencias. Si es sólo formalista y exterior, desaparecerá. Unicamente una fe viva tiene hoy la posibilidad de sobrevivir.

Consideremos ahora otros síntomas más familiares. Todos, aunque en grado diverso, tenemos la sensación de que las fórmulas religiosas a las que estamos acostumbrados atraviesan una crisis, se están modificando. A los más ancianos esto les da vértigo. La predicación cambia de estilo. Ya no habla el mismo lenguaje. El catecismo evoluciona y lo mismo la liturgia. Algunos, precisamente por esto, se inquietan y se sienten como trastornados.

«Entonces, ¿lo que antes estimábamos «palabra evangélica» ya no lo es? ¿Ha cambiado nuestra religión, que se creía inmutable? Pero de esta manera, *¿no* hemos renegado de ella?»

En América me encontré con una anciana, que temía que el mismo Papa se hubiera hecho marxista. Era víctima de una propaganda dramatizante y no me resultó difícil calmarla...

En pocas palabras, hoy la fe atraviesa una crisis. Muchos piensan: ¿Habrá cambiado la fe el Concilio?

1. UNA TRANSFORMACIÓN FORMIDABLE

Esta no es más que una interpretación superficial. Indudablemente ha habido un cambio sin precedentes, pero había comenzado ya antes del concilio Vaticano II. El Concilio ha renunciado sencillamente a la política del avestruz, que mete la cabeza debajo del ala para no ver el peligro. Se ha enfrentado decididamente con el problema para hallar una solución. Ha

intentado canalizar un movimiento irresistible, del que no tiene la culpa, y trata de corregir y sanear.

Tratemos de ser lúcidos, como Pablo VI pedía a los oyentes de Albano el 3 de septiembre de 1967, dándoles la clave del problema:

> *«Tratemos de ver, de comprender lo que está sucediendo... Vivimos en un tiempo de cambios vertiginosos»* (Osservatore Romano, 6 de septiembre).

Sí, es un cambio formidable el que estamos atravesando. Y la Iglesia que está *en* el mundo, sin ser *del* mundo, padece las consecuencias. Las palabras, las concepciones, los valores se renuevan. Lo que satisfacía a las generaciones precedentes, hoy suena a falso. Es un fenómeno que tiene orígenes remotos. Empezó antes del Concilio, y muchos cristianos se han alejado de la Iglesia por no haber encontrado a tiempo las soluciones de los inevitables problemas que sentían. El Concilio se ha dado cuenta de que ha llegado tarde y ha tratado de ver claro en seguida y poner remedio.

Procuremos, pues, entender el alcance de este fenómeno partiendo de algunas constataciones.

1. La tierra va no es m centro del hombre

La ciencia ha cambiado nuestra concepción del mundo de manera muy rápida.

En los tiempos bíblicos la tierra era considerada como una superficie plana, cubierta de una bóveda celeste. La relación entre Dios y los hombres parecía una cosa muy fácil v familiar: Dios estaba arriba y nosotros abajo.

El hombre medieval sabía que la tierra erra redonda. Las nociones de «bajo», y «alto» resultaron relativas. Pero el globo terrestre se guía siendo el centro del mundo.

En el Renacimiento, con Copérnico y Galileo, tuvieron que admitir que la tierra giraba en torno al sol, como un planeta más, sin que fuera el más grande. Pero el sol —símbolo de Cristo— parecía ser todavía el centro del mundo.

En 1918 Shepley descubrió que el sol no era el centro de nuestra galaxia. El centro luminoso y lejano del sistema estelar que nosotros habitamos está muy lejos de nosotros, a millares de anos de luz. Esto se aprecia

en el cielo por medio de la Vía Láctea como vemos las luces de una gran ciudad en campo abierto, a treinta kilómetros de distancia, por un espacio más claro del horizonte. El sol no es más que una estrella periférica, alejada de esta aglomeración central.

Y a su vez nuestra galaxia no es otra cosa que una galaxia más, un mundo entre otros muchos mundos.

Todo esto nos ha relativizado. ¿Qué es el hombre en estos millones de millones de mundos? Conoce las estrellas más lejanas, no como existen hoy, sino como existían en el momento en que emitieron la luz que ahora nos llega, es decir, hace millones de millones de años. Muchas de las estrellas que hoy «vemos, están ya apagadas, y nuestra civilización no podrá ser conocida por esos mundos sino en un futuro igualmente lejano, es decir, cuando la humanidad desaparezca con el sol. Por eso hoy se formulan ciertas preguntas que causan vértigo ¿Existen otros mundos habitados? ¿Se encontrarán en ellos animales dotados de razón y de alma inmortal? ¿También ellos estarán destinados a la vida eterna? ¿Son pecadores o están a salvo?

5, Somos más viejos de lo que creemos

Nuestras representaciones han sido modificadas todavía más por lo que se refiere al tiempo. Durante mi niñez ciertos catequistas decían aún, según el cálculo bíblico admitido por Bossuet, que el mundo tenía 6.000 años. En el siglo XVIII Bufón no osaba alejarse demasiado de esa cifra por miedo a la censura. Solamente los multiplicaba por diez. El mundo contaba con 60.000 años; pero en una corrección manuscrita de un ejemplar suyo expresó su convicción: 2.993.800 años. Según algunos villancicos ele Navidad los hombres esperaron la llegada del Salvador 4.000 años. Esta cifra se ha volatilizado. Antes ele la guerra —así me han contado—, un religioso, docto paleontólogo que encontraba dificultades con la censura de su orden a causa del origen del hombre, tuvo este diálogo con su superior:

— Padre, os aseguro que no puedo decir menos de cien mil años.

— Os concedo cincuenta mil —le respondió el superior.

Hoy día estas dificultades han sido superadas. Hoy se habla de millones de años. Las fronteras se pierden en el tiempo: ¿Dónde empieza el hombre en la cadena de los antípodas? Contemporáneamente el número de las generaciones humanas anteriores a Cristo y a la revelación de Abraham, privadas de todo medio de salvación, resulta considerable. La

creación del hombre y el pecado original cambian de aspecto en este nuevo cuadro. Nos sentimos desorientados y nos preguntamos: La humanidad ¿proviene de una sola pareja o de un grupo, lo cual evitaría el problema de los matrimonios incestuosos de los hijos de Adán, según la teología clásica? En 1966 una comisión nombrada por el Papa estudió estos problemas sin hallar en los nuevos descubrimientos de la ciencia dificultad alguna insuperable para el dogma. Pero si el dogma se mantiene en pie, las perspectivas han cambiado y las formulaciones teológicas están en vías de revisión. Las discusiones sobre este argumento no han terminado de ningún modo.

4. El corazón en debate

Podemos recordar también la intrusión de la medicina en lo más íntimo del hombre así como la transformación desconcertante de la imagen que teníamos de nuestro corazón y de su significado. El «corazón», según la imagen espontánea que tenemos de nosotros mismos y la cultura que hemos recibido, tiene un valor simbólico. Se ha usado y abusado de este simbolismo con exageradas materializaciones. Nuestros contemporáneos ya no toleran cierta imaginería del Sagrado Corazón. El símbolo se reducía al órgano material. En esta línea algunos moralistas del siglo pasado opinaban que no se podía autorizar la cirugía del corazón, órgano para ellos sagrado. Hoy se ha llegado a trasplantarlo y sustituirlo, aun cuando se trata todavía de sustituciones humanas. El corazón de una joven mujer muerta puede latir en el pecho de un hombre vivo, sin revelarle sentimientos impenetrables. Los cirujanos de Ciudad del Cabo piensan en la posibilidad de conservar corazones humanos en reserva injertándolos en el cuerpo de monas y hasta en injertar un corazón de animal en el hombre. Y el más indicado en este caso sería, según nos dicen, ¡el corazón de un cerdo! ¡Qué revolución en nuestra consideración del hombre! ¡Qué ataques a cierta imaginería del Sagrado Corazón!

Más profundamente aún, la ciencia ha estudiado unilateralmente el condicionamiento de la inteligencia. El hombre estaba convencido de que conocía las cosas tal como son. La ciencia le revela una imagen diferente, sorprendente, inhumana, reducida a números. En efecto, se consagra a manifestar el condicionamiento del saber hasta hacernos perder el sentido del mismo.

— Existe un condicionamiento físico y biológico: la ciencia ha calculado que los diversos colores corresponden a vibraciones, caracterizadas cada una de ellas por una frecuencia. Igualmente los sonidos. Lo que vemos u oímos parece que se reduce a la resonancia subjetiva de esta mecánica incolora y silenciosa. La actividad del entendimiento depende del cerebro. El conocimiento, por ende, no es algo absoluto, sino relativo.

—Se da un condicionamiento psicoanalítico: nuestras imágenes, nuestro lenguaje, nuestras intenciones conscientes hoy por hoy parecen el producto de impulsos inconscientes cuyos verdaderos resortes se nos escapan. Nuestras representaciones, sin excluir las religiosas, sufren esta crítica. Se siente necesidad de derribar mitos, de establecer una separación entre lo esencial de la revelación y los mitos o imágenes a través de las cuales el hombre se los representa.

—Existe, en fin, un condicionamiento sociológico e histórico. Hoy en día sabemos hasta qué punto la realidad social influye en los modos de conocimiento que los antiguos recibían a la letra. Hemos formado un museo imaginario de todas las culturas y de todos los lenguajes. Todo nos parece relativo.

Procuremos no ceder al vértigo de estos descubrimientos. La ciencia nos presta indudablemente un gran servicio identificando las condiciones materiales del conocimiento. Pero este conocimiento no es el mismo conocimiento, sino el medio. A través de todos estos medios: vibraciones, cerebro, etc., el conocimiento humano alcanza la realidad. Y la alcanza como tal, por si misma, según su ley profunda, que sigue siendo la intencionalidad: el movimiento del sujeto que conoce hacia esa realidad. El que los colores estén condicionados por vibraciones, no elimina el mundo de los colores. Estos nos dan un verdadero conocimiento del mundo. Nosotros los vemos de la misma manera, La evolución ha formado el ojo para captarlos. Siempre hay pintores que viven de ese mundo, y su importancia en la sociedad de hoy no hace sino aumentar. Todos los condicionamientos no son sino el reverso del conocimiento, y éste conserva todo su valor espiritual. Se diría que la ciencia nos manifiesta el reverso de la creación. Los mismos artesanos que confeccionan las tapicerías de los Gobelinos las trabajan al revés, por el lado en que anudan y entrecruzan los hilos. Sin embargo, lo que pretenden es que se vea el otro lado, el que está bien y que constituye la obra de arte.

En consecuencia, el hombre ha sufrido el cambio más profundo que jamás haya conocido, tal vez desde su origen, o al menos desde hace doce milenios. En aquel tiempo, el hombre pescador y cazador se hizo agricul-

tor. Se instaló en la tierra para cultivarla. Hizo un cálculo genial, un cálculo a largo plazo: el grano que muere en la tierra puede producir el céntuplo. El Evangelio y sus parábolas fueron predicados en el marco de la civilización agraria, nacida entonces. Mas he aquí que este mundo agrario, este mundo del campo, en todas las acepciones de la palabra, tiende a ser reemplazado por otro. Los hombres se aglomeran. Las ciudades pequeñas crecen de una forma extraordinaria. Tienden a absorber el 80 ó 90% de los hombres en un mundo cada vez más extraño a la naturaleza, mientras que la técnica invade el mismo campo. De ahí nacen nuevas formas de vida y de pensamiento. Se modifica la manera de presentarse al mundo, al hombre y al mismo Dios.

Más profundamente que nuestras representaciones, se ha vuelto a poner sobre el tapete el campo mismo, en un mundo cuya referencia de base no es el hecho de cultivar, sino el hecho técnico, matemático y científico. Así se habla a veces de «desculturación»: fin del campo y aparición de algo superior al campo. Este triunfo de la técnica es maravilloso, pero al menos por el momento inhumano. No nos deja un momento de paz, Nos quita nuestras costumbres y nuestra tranquilidad. Todo hombre que vive de veras la época presente cambia frecuentemente sus modos de obrar y de pensar, y cada vez más de prisa. Debe renovarse cada cinco años o incluso más a menudo. El que se queda con ideas superadas, es dejado de parte; no pasará de ser un triste profesional. Si es jefe de empresa, peligra su industria; si es técnico, perderá su puesto. Del mismo modo, la fe que no se adapta a las nuevas situaciones, languidece.

5. No soltar la presa por la sombra

Desde este punto de vista, el problema está en la adaptación. Pero ésta no, es nada fácil y el creyente puede cometer dos errores.

1. Hay quien se lanza a ciegas a esta evolución. Desde el momento en que un pequeño elemento le parece superado abandona todo lo recibido, convencido de que es necesario volver a empezar partiendo de cero; abandona en consecuencia la sabiduría adquirida y se lanza a improvisaciones presurosas, superficiales, por cuenta y riesgo propios. A menudo deja la presa por correr tras de su sombra, como el perro de la fábula. Abandona los valores reales que contienen las representaciones aproximadas de las generaciones precedentes y los sustituye por los no-valores. Así muchos cristianos vuelven a plantearse el problema de la virginidad de María, fa-

voreciendo un naturalismo extraño al espíritu evangélico, y hasta el problema del pecado original, favoreciendo un optimismo que no va de acuerdo con los odios, guerras, crímenes y miserias ocultas que todo hombre inteligente percibe en el fondo de su corazón.

El peligro está, por tanto en la ligereza y en la precipitación. Entendámonos, el mal no está en la prisa, puesto que hoy tenemos que caminar a grandes velocidades, sino en el hecho de que esta prisa lleva a lo falso. Un campeón de esquí puede descender por una pendiente a 60, 100 y 120 kilómetros por hora, pero el que no sabe guardar un equilibrio perfecto corre peligros enormes aún descendiendo a velocidades mucho menores, porque no sabe pararse, esquivar una piedra o un precipicio. De manera semejante un piloto de carreras puede lanzarse a una velocidad de 200 ó 300 kilómetros por hora, mientras que para un aprendiz, incapaz de reaccionar ante las cosas imprevistas, podría ser va una locura ir a 80.

2. Otros cristianos caen en el error contrario. Rechazan la adaptación v se defienden negativamente contra las dificultades que les salen al paso por todas partes. No quieren ver los hechos y problemas nuevos. Se cierran dentro de su caparazón. Conservan íntegra y materialmente las fórmulas y representaciones de su fe, creyendo que éstas son la fe. No cabe duda que obran con las mejores intenciones en defensa del precioso tesoro cuyo valor aprecian debidamente. Pero con frecuencia esta inflexibilidad les endurece contra su época, contra los demás hombres y contra sí mismos. Acaban por desconocer valores y verdades innegables. Su desarrollo humano y cristiano sufre un arresto, como el de esos niños que no crecen normalmente y se vuelven deformes. La obediencia a Dios que inspira esta actitud tiene su valor, a no dudarlo, pero le falta algo. Los cristianos de este tipo no encuentran el justo equilibrio, no son focos de irradiación y a veces dan incluso un antitestimonio.

6. Las conclusiones del Sínodo

El Sínodo de los obispos, reunido en Roma en octubre de 1967, se enfrentó con esos problemas. Según la primera idea —la que inspiraba en 1966 la información del cardenal Ottaviani sobre los «diez errores modernos»—, se trataba, como en épocas pasadas, de definir y condenar un cierto número de herejías. La relación leída en el Sínodo quedaba en alguna manera dentro de esta línea.

El Sínodo, reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, sintió la necesidad de superar este método. Hoy ya no se trata de combatir determinados errores, sino de resolver las dudas y dificultades.

A los padres del Sínodo, iluminados por el Espíritu Santo, les pareció evidente que al Dios del amor no se le revela a base de anatemas. Las soluciones requieren una búsqueda leal en la línea positiva introducida por Juan XXIII cuando en el discurso inaugural del Concilio declaraba:

> *«Una cosa es el depósito de la fe, es decir, las verdades contenidas en nuestra doctrina, y otra es la formulación de las mismas, aunque conserven idéntico significado y alcance»* (Enchiridion Vaticanum, p. 45, n. 55).

Otra verdad pareció evidente en esta misma línea: es necesario un trabajo leal de búsqueda. Sólo a este precio seguirá siendo idéntica la fe en este mundo que cambia de continuo. Es un organismo que crece; conviene que cada uno de los órganos se modifique en relación con k modificación que experimenta el cuerpo entero. Para llevar a cabo este trabajo, el Sínodo nombró una comisión de teólogos de las diversas partes del mundo. Ellos se encargarán de resolver los problemas actuales, adaptando al lenguaje y a los descubrimientos modernos la revelación que Dios nos ha hecho de una vez para siempre, en el lenguaje de hace dos mil años. En pocas palabras, el Sínodo ha admitido también la investigación científica en teología, a fin de que la verdad de Dios siga siendo la verdad que salve al hombre: el hombre de la astronáutica y de la relatividad.

Pero la investigación en este campo como en otros no es suficiente. Mientras los técnicos trabajan para resolver el problema del hambre del mundo durante mucho tiempo, es necesario que cada uno coma todos los días, porque el hombre no vive ni de proyectos ni de investigaciones sino de pan. De manera semejante el cristiano medio no puede esperar que los teólogos resuelvan todos los problemas técnicos que hoy están en estudio. Su fe tiene necesidad de ser alimentada y fortificada todos los días. Es un caso parecido al de la cirugía del corazón. No se puede parar la circulación durante la operación, porque el paciente moriría. Por eso los obispos del Sínodo han sentido pro fundamente otra preocupación, es decir, que en el ínterin el pan cotidiano de la palabra de Dios sea distribuido a los hombres y que la investigación no ponga aparte, de momento, a Dios y a la verdad. De aquí surge un doble proyecto:

— El Sínodo ha pedido una renovación de la *catequesis,* a fin de que el mensaje de Dios sea enseñado de una manera ademada a los niños y a los hombres de hoy. Tal proyecto comenzó a elaborarse después del Concilio y se le confió al cardenal Villot, prefecto de la Congregación al servicio del clero, que hizo una relación ante el Sínodo sobre el estado de los trabajos.

— El segundo proyecto es nuevo y fue decidido en el mes de octubre de 1967 por el Sínodo mismo. Hay que elaborar «una declaración positiva y pastoral, que ayude a los hombres de hoy a orientarse en los problemas de la fe que se le presentan a la mentalidad moderna».

7. La fe es simple

Conviene que añadamos aquí una observación que sobrepasa al Sínodo y nos lleva al Evangelio: la fe es simple, y Dios tiene una secreta preferencia por la fe de los pobres: *«Bienaventurados los pobres, porque verán a Dios»*. Ciertamente es necesario que los teólogos trabajen, pero no serán sus trabajos técnicos los que den las mejores soluciones; éstas brotarán sólo de la vida de los cristianos, de los que viven el mensaje de la pobreza evangélica. Ellos, en efecto, conocen y experimentan a Dios mejor que los sabios y los teólogos.

Santo Tomás, en el cénit de su conocimiento, se dio cuenta de ello. Decía que una aldeana ignorante podía conocer a Dios mejor que él con toda su ciencia, gracias a esa luz que el Señor da a los pobres:

> *«Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos»* (Mt 11,25).

Sí, Dios se complace en confundir la sabiduría de las personas cultas con esa otra más profunda que inspira a los humildes. De ésta precisamente brotará lo esencial de la renovación de la fe.

Por otra parte, veinte siglos de experiencia y de historia de la Iglesia nos demuestran que esta idea no es un mito. Dios sabe perfectamente que la aldeana, la «mujer pobre» e inculta, es más sabia que santo Tomás de Aquino y que todos los teólogos juntos. Hay millones de ejemplares como ella y a menudo los teólogos le deben a ella lo mejor de lo que van descubriendo. Ha sido la madre la que les ha comunicado la primera percepción

del Dios vivo. Entre esa muchedumbre de mujeres desconocidas hay una, bien conocida, que sobresale por su humildad: la Virgen María, que mediante su consentimiento a la Palabra divina, formó a Cristo mismo.

La Virgen es el modelo de la fe de los simples y de los pobres otorgado por Dios. Es éste el secreto que intentaremos ahondar en el próximo capítulo. La fe es una certeza más fuerte que todas las dificultades que hoy nos salen al paso, porque no es una certeza al nivel de la ciencia y de la inteligencia de este mundo, sino según la medida de Dios que la concede.

3. LA FE ¿ES UNA CERTEZA?

¿Qué es la fe? He aquí la verdadera cuestión. Quizá en los dos capítulos precedentes hemos girado alrededor. Quizá nos hemos demorado un poco sobre la «crisis de la fe». Era necesario para poder encuadrar la situación de la fe hoy; pero lo que importa no es la crisis sino la fe.

La Biblia misma nos da la definición: *«Es la fe una convicción de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven»* (Heb 11,1).

Es una definición dada en base a su objeto; no una abstracción lejana, una idea en sí, sino un camino que Dios propone; Dios se nos revela como objeto de nuestra salvación, presente y eterna, porque nosotros tenemos necesidad de ser salvados del mal aquí abajo y en el más allá.

1. - UNA LOCURA

Lista salvación, revelada en Jesucristo v por medio de El, no es una evidencia sensible. Por eso la *carta a los Hebreos* habla del argumento de cosas que *no vemos.* En la primera *carta a los Corintios,* 1,19-31, san Pablo va más lejos. No sólo es invisible lo que se nos ha revelado en la fe, sino que es *«un escándalo para los judíos y una locura para los paganos»*.

Escándalo para los judíos: escándalo el que Dios trascendente se hiciera hombre, que sufriera, que muriera por nosotros en este destino humano que había abrazado personalmente por amor nuestro.

Locura para los paganos: locura la resurrección de la carne, la vida eterna, el Evangelio y la extraña felicidad que él mismo propone:

> *«Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que padecen persecución...»*

El mundo afirma lo contrarío:

«Bienaventurados los ricos, bienaventurados los que ríen, bienaventurados los que reciben honores y alabanzas».

Pero el Evangelio insiste:

«Ay de vosotros, ricos... Ay de vosotros, que ahora reís... Ay de vosotros cuando los hombres os alaben; porque así trataban sus padres a los falsos profetas».

Debemos decir, pues, que la fe es un hermoso riesgo, una especie de apuesta. ¿Hay que decir: *«Credo quia absurdum*: creo porque es una cosa absurda, y cuanto más absurda es tanto más fe?». A estos interrogantes hay que responder con un no categórico.

La fe no es un juego de azar. Por el contrario, es lo más seguro que se encuentra en la vida de un hombre. Es una certeza sobrehumana fundada en la palabra de Dios, que es la verdad en persona.

2. - Nube oscura y luminosa

Es una luz diversa de las otras. Tos que creen en lo más profundo de su corazón lo comprenden perfectamente, antes de que se les explique. La fe ilumina su camino, como la nube que guiaba a los hebreos en el desierto: nube oscura durante el día y luminosa por la noche, porque atenúa a nuestros ojos el esplendor de Dios. El que espera de la fe luces demasiado brillantes y demasiado palpables sufre una desilusión; mientras que el que penetra en la noche descubre espontáneamente su esplendor.

La podríamos comparar también con la estrella que guía a los navegantes; no ilumina las aguas que la nave surca en la noche, pero la orienta entre ellas con seguridad.

Del mismo modo la fe es una certidumbre, pero no una certidumbre como las otras, no como la que uno posee cuando puede tocar y palpar, no como la que exigía el apóstol Tomás:

«Si no meto mi dedo en el lugar de los clavos y no meto mi mano en su costado, no lo creo».

«Bienaventurados los que no vieron y creyeron», le respondió Jesús (Jn 20, 25-28).

La fe tampoco es la certidumbre de los razonamientos matemáticos, en los cuales las conclusiones se imponen por su evidencia intrínseca.

La certidumbre de la fe no se mide en base a la claridad verificable de su objeto, aunque también ella tenga su luz; no se mide a base de razones, aunque tenga de su parte razones muy serias; ni se mide en base al vigor de la voluntad que adhiere, aun cuando requiera una decisión firme de la voluntad.

La certidumbre de la fe no deriva de una evidencia verificable en el plano humano sino del valor del testimonio de Dios. Si creemos es porque Dios lo ha revelado. Hay personas en cuya palabra creemos, aun cuando lo que dicen no nos parece evidente y nos sorprende. Creemos porque son personas dignas de fe. Y nosotros, que no somos sabios, creemos muchas cosas porque los hombres de ciencia nos dicen que poseen las pruebas. Creemos sobre su palabra. Del mismo modo, a lo largo de la vida, creemos en las cosas que otros han visto y nos describen, pero que nosotros no conocemos. La mayor parte de lo que sabemos, lo sabemos no por ciencia sino en base al testimonio de los otros, porque tenemos confianza en los que saben y nos hablan. Y sobre su palabra se fundan muchas de nuestras certezas profundamente arraigadas.

En este terreno la certeza más sólida es la que viene de Dios, el Testigo supremo, la Verdad absoluta; solamente El puede hablarnos de sí mismo con conocimiento de causa.

Aquí está lo esencial de la fe: adhesión a Dios revelante y revelado, a Dios que se manifiesta, o mejor, que desvela la vida que nos propone vivir en El. *«Dios es amor... y nosotros hemos creído en el amor»* (1 Jn 4,8,16).

Las verdades particulares detalladas en los dogmas no son otra cosa que aspectos de esta verdad: el amor de Dios, el Dios-amor, entregado y participado gracias a Cristo.

La fe es don de Dios por doble motivo. Ante todo ha sido revelada objetivamente, de una vez para siempre, en Jesucristo. En segundo lugar, manifiesta la verdad de esta revelación en el corazón de todas las generaciones cristianas y en el corazón de cada cristiano en la Iglesia. La fe es un don de Dios para cada uno de nosotros personalmente.

3. COMO HABLA DIOS A CADA UNO

No es que Dios repita materialmente a cada cristiano las palabras de la revelación. Cuanto se nos ha dicho por medio de Jesucristo, se nos ha

dicho de una vez para siempre. La Iglesia lo transmite fiel y objetivamente. Pero el don íntimo de Dios ilumina en el corazón de todo creyente aquellas palabras reveladas de una vez para siempre. El revela que tales palabras —locura para los hombres— son en realidad sabiduría divina. Dios ilumina las razones para creer. Sin su luz tales razones permanecerían indescifrables, como ciertos manuscritos: la tinta se confunde con el color del pergamino y hay que recurrir a un buen químico para sacar a luz la escritura desvaída. De esta manera obra el Espíritu. Por medio de El la letra del Evangelio se vuelve luz y vida. Así sucede a veces que leemos una expresión de la Biblia sin entender su sentido hasta que un buen día se nos vuelve luminosa y cautivadora. Esa luz proviene del Espíritu. Es el testimonio de Dios en nosotros, esa cosa íntima y escondida que crea una certeza más fuerte que cualquier otra, superior a cualquier prueba, como lo demuestra el testimonio de los mártires. Dios nos comunica su misma certeza.

El testimonio de Dios en nosotros; éste es el testimonio más íntimo de la experiencia de la fe que hemos de descubrir. Los que viven la vida de Jesucristo lo comprenden con facilidad y no necesitan muchas palabras; para otros, en cambio, cuya fe está reducida al estado de formalismo o de ejercicio intelectual, no tiene consistencia. Los primeros pueden ser incluso personas muy sencillas y sin cultura y los segundos personas bastante cultas.

Dios no impone a nadie esa luz, y tampoco se la niega a nadie. El hombre puede aceptarla o rechazarla. Pero sin ella no hay fe, esa estrella que guía nuestro camino en la noche.

Conviene insistir en este punto, porque no se trata de una teoría gratuita, sino de una enseñanza de la Biblia misma. San Juan lo afirma explícitamente en la primera carta:

> *«Quien cree, tiene el testimonio de Dios en si»* (1 Jn 5,10).

En cambio:

> *«Quien no cree en Dios, por mentiroso le tiene, por cuanto no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado acerca de su Hijo»* (Ib 5,11).

Porque tal testimonio es como una *unción* interior del Espíritu Santo, que nos da todo conocimiento:

> *«Vosotros tenéis la unción del Espíritu Santo, y lo sabéis todo»* (Ib 2,20).

Y añade:

> *«La unción que recibisteis de él permanece en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe»* (Ib 2,26-27).

Esto no significa que el testimonio interior de Dios haga inútil la enseñanza de la Iglesia; por el contrario, tiene precisamente la función de vivificar e iluminar tal enseñanza exterior, que adquiere así una evidencia intrínseca y recibida directamente de Dios. Dios confiere este don normalmente en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu.

La misma enseñanza nos da Jesucristo en el evangelio de san Mateo, 11,25:

> *«Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos. Bien, Padre, que así pareció bien en tu acatamiento».*

También aquí se trata de la revelación hecha objetivamente a todos y de la misma manera, porque el Evangelio y la predicación son iguales para todos; pero Dios hace luminoso ese mensaje en el corazón de los humildes y de los pobres, mientras él permanece obscuro, como una lengua extranjera, para los corazones que resisten al testimonio del Espíritu Santo.

Podríamos añadir más textos:

> Jn 6,44: *«Nadie puede venir a mí si no lo trajere el Padre».*

Y la continuación en:

> Jn 14,26: *«El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas y os recordará todas las cosas que os dije yo».*

En otras palabras, el Espíritu Santo recuerda y vivifica en la Iglesia lo que Cristo en persona ha enseñado con su vida y su palabra.

Juan 16,12-13:

> *«Todavía muchas cosas tengo que deciros, pero no las podéis sobrellevar ahora; mas cuando viniere El, el Espíritu de verdad, os guiará en el camino de la verdad integral. Pues no hablará de sí mismo, sino lo que oyere, eso hablará, y os dará a conocer lo porvenir».*

Estos versículos demuestran claramente la manera discreta con que Dios da testimonio en los corazones. No da una nueva enseñanza, que vendría a añadirse a la de Jesús y que contendría cosas diversas; ni se limita a repetir esa enseñanza, sino que ilumina lo que ha sido dicho una vez por todas. Así en Pentecostés los Apóstoles comprendieron las palabras que no habían entendido antes.

Pueden compulsarse sobre este argumento también otros textos de la Biblia, como 1 *Cor* 2, 19-21; 4,6; *Heb* 8,10-12; *Jer* 31,33-34.

Es una verdad segura y sólida. Y la experiencia cristiana genuina confirma su autenticidad. En la medida que vivimos auténticamente nuestra fe, sabemos que se trata de un don recibido y gratuito y de una luz que supera al hombre. No obstante sigue siendo un acto libre y personal. Y es en un compromiso, en una conversión o en una vocación donde encontramos el don de esta luz.

4. ¿COMO VENCER LAS «TENTACIONES CONTRA LA FE»?

Quien ha comprendido la verdadera naturaleza de la fe, su arraigamiento en Dios mismo, su certidumbre fundada en El, evitará las falsas maniobras en las dificultades o en las tentaciones contra la fe, así como el alpinista experto evita los pasos en falso que provocan la caída bajo falsas apariencias de seguridad.

¿Qué es, en el fondo, una tentación contra la fe? A menudo es una toma de conciencia concreta de lo que san Pablo expresó diciendo que es un *«escándalo»* y una *«locura»*. Sentimos que el terreno cede bajo nuestros pies cuando «tomamos conciencia», ocasionalmente o por una gracia, del sentido abrupto de ciertas fórmulas hechas, a las que nos hemos acostumbrado y que hemos aprendido de memoria: «Dios se ha hecho hombre», por ejemplo. Desde el momento en que el término *Dios* adquiere para nosotros todo su valor, esto parece increíble. Sí, humanamente es increíble

que el Creador trascendente, por cuya voluntad todo subsiste, haya tomado la existencia limitada de una criatura. Y cuando añadimos que este Dios murió en la cruz al final de su aventura humana, el «escándalo» se yergue insuperable como una montaña. Así también, cuando oímos decir que El quiere dársenos como comida, que la hostia hecha de harina, sin que nada cambie a nuestros ojos, es su cuerpo, sentimos la tentación de pensar como los oyentes de Galilea: *«Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?»* (Jn 6,61).

5. Remedios nocivos

Y no obstante es la gracia la que obra en nosotros. Sentimos cómo las palabras, que han adquirido de improviso todo su sentido, nos superan, cómo el don de Dios está más allá de lo que podríamos concebir e imaginar por nosotros mismos. Entonces nos turbamos como Moisés ante la zarza ardiente o como san Pedro cuando imploraba: *«Retírate de mí, Señor, porque soy hombre pecador»* (Lc 5,8). La tentación consiste entonces en negar la medida divina, en replegarse en la medida humana, en rechazar como absurda la verdad desproporcionada que nos ha impresionado de improviso.

Cuando el vértigo de la duda nos asalta de este modo ante la desconcertante sabiduría de Dios y tratamos de defender nuestra fe, la primera idea es la de discutir, razonar o buscar pruebas. Pero en esta situación las pruebas faltan y la razón se obnubila. Esto depende sencillamente del hecho de que la duda aceptada se substrae al testimonio de Dios. Buscando nuestra certidumbre fuera de El, acabamos por empacharnos. Es lo que le pasa al conductor atrapado por la nieve. Acelera locamente, las ruedas patinan sobre el mismo lugar y el agujero se hace mayor. No saldrá de él mientras no cambie la maniobra. O, para recordar una comparación más vital, somos como un individuo aprisionado en las arenas movedizas. Nuestro razonamiento nos hunde en la duda, como los viajeros extraviados se enarenan en las zonas peligrosas de la bahía del Mont Saint-Michel, en Francia, Los mismos esfuerzos que hacen para salir a flote los hunden cada vez más. No puede ocurrir otra cosa.

Otro movimiento es el de aferrarse a la fe con un acto de la voluntad y alejar la dificultad o la objeción. Puede ser un medio de defensa provisional, pero no es aun la solución. Esta actitud tiene mucho de terquedad. El terco no quiere saber nada fuera de su idea. El abuso de la voluntad

conduce a actitudes sectarias, raquíticas, que no favorecen el desarrollo de la fe, su salvación e irradiación.

6. Nuestra certeza es la de Dios

En estas situaciones difíciles hay que tener muy presente una cosa: que la fe es obscura por naturaleza, como una noche tachonada de estrellas. Las estrellas son una certidumbre, pero no iluminan el camino por el que vamos.

Sobre todo, hay que recordar que la fe es un *don*. Su certeza es la de Dios que testimonia, y no la de las razones que nos permitirían alcanzar a Dios sin su ayuda. Empresa vana, como la de la torre de Babel, para elevarse hasta el cielo...

Quien ha entendido la naturaleza de la fe según la Biblia, sabe que la actitud fundamental bajo el asalto de la duda es la de confiar en aquel de quien procede la fe, en aquel que es la fuente de su certidumbre y recurrir a El en la obscuridad. El está allí, preparado para responder más o menos tarde. Así la fe puede entroncarse con la verdadera raíz de la cual procede: el Dios del amor que revela y testimonia.

Entonces, poco a poco, la objeción se hace luz, la «locura» revela su sabiduría de otro mundo.

«Sí, oh Dios mío, tú nos amas hasta este punto. Tú, por medio del cual todo existe y sin el cual nada existiría, te has hecho por nosotros este niño, este condenado a muerte, un alimento. Tan grande es la locura de tu amor. Creo, Señor, pero ayuda la flaqueza de mi fe...».

Es en esta adhesión personal donde la paz de las profundidades se vuelve la paz de la superficie. La fe readquiere vida, como la rama desgajada que injertamos al tronco para que chupe la savia vivificadora.

Entonces las dificultades y las objeciones podrán e incluso deberán ser reprimidas, estudiadas, precisadas y superadas. Tal trabajo puede durar años enteros e incluso generaciones en el plano de la Iglesia y exigir un trabajo rudo. Pero esto tiene poca importancia, si uno conserva lo esencial, que nada nos puede hacer perder, puesto que Dios está ahí, con su fidelidad, incluso en los pasadizos más obscuros.

Tal es la certeza de la fe. Se funda no en bases simplemente humanas, sino en Dios mismo, y por eso supera al hombre. Tal es su paradoja: es la certeza más grande que exista, puesto que reside en Dios, y al mismo

tiempo es obscura, amenazada, insuperable. Puede, pues, ser asaltada por todo género de objeciones y contradicciones internas y externas; pero mil dificultades no constituyen una duda, como decía el cardenal Newmann.

7. UNA VIDA

La fe es como la vida, débil y fuerte, frágil e invencible. Pensemos en los granos de trigo que se encontraron después de treinta siglos en las pirámides de Egipto y que después de sembrados volvieron a germinar... Pensemos en las plantas que sobreviven aferrándose a un poco de tierra en los resquicios de una pared o en la hendidura de una roca. También la fe es una vida y tiene necesidad de cuidados. Hay que cultivarla. Pensemos seriamente en ello.

4. HACER LA VERDAD

¿Cómo cultivar la fe? ¿Cómo robustecerla y alimentarla?

Ciertamente, es necesario instruirse, mantener un constante contacto con el Evangelio y seleccionar las lecturas que la alimentan; esto es evidente y más que sabido y no es necesario repetirlo.

El evangelio de san Juan nos proporciona sin embargo una regla más desconocida, más secreta, una afirmación de Cristo: *«El que hace la verdad, viene a la luz»* (3,21).

La expresión es brusca y sin preámbulos y los traductores no osan reproducirla literalmente, sino que la mitigan: «El que obra según la verdad..., el que practica la verdad».

El Evangelio es muy moderno, en el sentido de que no tiene una concepción pasiva del conocimiento del amor. La «verdad revelada» no está compuesta de teoremas abstractos, que primero se conocen y después se aplican. En la fe verdadera todo esto es algo inseparable; la acción procede del conocimiento y el conocimiento se completa en la acción.

Santo Tomás de Aquino, considerado como el teólogo más especulativo de todos los tiempos, lo había entendido muy bien y lo afirma al principio de la *Suma teológica:* la teología no es una ciencia puramente especulativa, es decir, abstracta, sino una «ciencia práctica». No se conoce verdaderamente a Dios sino viviendo de Dios...

Así ocurre con todas las clases de conocimiento. La música, por ejemplo, exige en sus diversos niveles, una entrega, una participación activa. Si falta esta entrega y esta participación, no se llegará jamás a distinguir entre música y música, entre la ópera de un maestro y la cacofonía de un novato incapaz.

El conocimiento de la fe es una *«praxis»*, es decir, un conocimiento que edifica al hombre y se perfecciona por medio de esta edificación. No es, como el marxismo, una praxis de lucha, sino del amor, del encuentro y de la comunicación.

«Hijitos míos —dice san Juan—, *no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y de verdad»* (1 Jn 3,18).

Y:

«En esto sabemos que le hemos conocido: si guardamos sus mandamientos. Quien dice «Le he conocido», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y en él no está la verdad... Quien dice estar en la luz y aborrece a su hermano, está en las tinieblas hasta ahora» (1 Jn 2,3-4.9).

Esto es verdad para todo conocimiento de orden personal, para todo conocimiento ligado al amor. Una amistad se construye. Un amor se edifica. El amor imposible de Tris tan e Isolda no es más que una esperanza de amor o una desesperación del amor. Este mito está ligado a una concepción pesimista, según la cual el amor sería un espejismo y su realización una desilusión; el amor perfecto, el amor ideal es irreal.

Pero ¿qué es un amor que busca sin encontrar, que encuentra sin concebir o que concibe sin dar frutos? ¿Quién no admite que tal amor es una ilusión?

El amor humano auténtico tenemos que buscarlo en aquellos hombres y aquellas mujeres que han sabido afrontar siempre juntos lo mejor y lo peor, las alegrías y los dolores, el trabajo y las pruebas. Llegados al ocaso de la vida vuelven a pensar, sin dolor ni nostalgia, en todo lo que han realizado en sí y en torno suyo, especialmente en sus hijos. Su amor está hecho de vínculos que han tejido en la trama del tiempo, de cuanto han construido juntos. Sin esto su amor no sería el mismo. Este procede de la fe, puesto que también el matrimonio empieza con una fe, con un juramento por medio del cual los dos esposos se fían, se confían, se ligan mutuamente, y se ponen uno al lado del otro para pertenecerse en la fe y en la confianza.

La analogía de la fe en Dios con la que san Agustín llamaba la «fe del matrimonio» es iluminante. También el matrimonio es un amor que procede de un conocimiento. «No habría existido el amor, si no nos hubiéramos conocido», decía una canción en boga antes de la ultima guerra. La manera en que el médico y el psicólogo conocen a un joven y a una muchacha no es la misma con que éstos se conocen mutuamente, «en su relación interpersonal», como hoy se dice. Su conocimiento implica un compromiso y un don recíproco de sí; se perfeccionan en el intercambio v en la vida co-

mún; dan vida a una nueva realidad, a una personalidad común, que no es ya la del uno o la de la otra, sino del uno y de la otra juntos, en su identidad, complementar i edad y comunión.

Tal conocimiento pasa ordinariamente de la imaginación a la verdad, de la ilusión a la autenticidad, sin que exista necesariamente una desilusión. En un matrimonio logrado, los cónyuges no sienten nostalgia del tiempo del noviazgo ni lo recuerdan como una felicidad perdida, sino que viven en el presente y miran al futuro, el futuro de los hijos y de los nietos.

En su nivel trascendente, también la fe en Jesucristo es el conocimiento de una persona, la persona del Verbo encarnado. Conocimiento ligado a una vida común, a un trabajo común, a la formación de un ser nuevo: el cuerpo místico de Cristo. Conocimiento que se perfecciona en la cooperación a la obra de la salvación. En efecto, se llega a la luz comprometiéndose en ese trabajo y haciendo esta verdad.

En el caso de muchos cristianos la excesiva obscuridad de la fe, su carácter lejano y vaporoso depende del hecho de que su fe es una fe sin obras, sin dedicación y desencarnada, una fe que no ha tomado cuerpo. Por esto no llega a la luz. Muchos cristianos, en el catecismo y en otras ocasiones, han aprendido alguna verdad, pero demasiado abstractamente. Si se presenta la ocasión, les gusta razonar sobre ella, discutir, especialmente con un sacerdote, estimulados por el secreto deseo de demostrar que existe aún en ellos cierta fe. Pero su vida, sus investigaciones, sus proyectos, su trabajo v sus deseos están basados sobre obras completamente diversas. Así su fe languidece, ellos se lamentan, desean a veces salir de tal situación, pero no saben cómo hacer.

El camino de la salvación es el que está trazado en el Evangelio, en el discurso de la montaña. Los que aman a los pobres y salen a su encuentro, los que visitan a los prisioneros, dan de comer a quien tiene hambre, visten al desnudo, curan a los enfermos y trabajan por establecer la paz, éstos llegan a la luz.

Pero por muy claramente que esté trazado, este camino es misterioso. Todo hombre y toda generación deben descubrirlo y recorrerlo según su vocación. Nuestra época tiene no poco que trabajar a este respecto. Se ve a la Iglesia como un espectáculo o una coartada, y no como un compromiso. Muchos se contentan con aceptar pasivamente como cosa propia lo que hace el Papa. «Preguntad a Roma lo que yo creo», respondía un cristiano famoso en una encuesta sobre la fe. «Lo que yo hago por el reino de Dios —podrían responder otros— preguntádselo a Roma; por mi parte acepto

todo lo que hacen en Roma». Pero de esta manera la Iglesia no existe en la base, en las iglesias particulares esparcidas por el mundo La verdad es un alimento que cada uno tiene que ingerir por cuenta propia; no puede alimentarse de verdad a través de un intermediario, dejando que lo coma otro.

No basta seguir la acción del Papa al servicio de la paz —sus discursos, sus contactos, su acción diplomática, por admirables que sean— y aplaudirla, para realizar las palabras del Evangelio: *«Bienaventurados los pacíficos»*. Es necesario que cada cristiano, en su ambiente, en la opinión pública y en sus relaciones sociales, sea un agente de la paz local y universal.

No basta seguir con interés los encuentros del Papa y del patriarca Atenágoras; es necesario que los cristianos, dondequiera que se hallen, establezcan contactos ecuménicos en la línea trazada por el Concilio.

No basta dedicarse a obras que realizan la caridad donde hay pobres. Es necesario que los cristianos asuman por doquiera responsabilidades personales en su campo, y de continuo.

Son numerosos los compromisos que permiten *«hacer la verdad»*, siguiendo la invitación de Cristo. Por ejemplo, el campo litúrgico, con la participación verdaderamente activa en la oración de la Iglesia; donde la reforma litúrgica ha sido bien entendida, bien realizada y bien vivida comprende automáticamente orientaciones concretas en la existencia, puesto que es precisamente una característica de la liturgia cristiana la de no agotarse en sí mismo. Tiende a prolongarse en la oblación de toda la vida. San Pablo expresa este pensamiento con las palabras *«sacrificios de alabanza»*, entendiendo con esto el tejido de nuestra existencia y de nuestra muerte, vividas según el Evangelio, transidas de amor, ofrecidas a Dios y a los hombres. Nadie puede ofrecer este sacrificio en nuestro lugar. En el cuerpo místico es insustituible. Juan XXIII supo ofrecerlo con su bondad y sonrisa, aceptando todos los instantes y sobre todo su agonía. Cuando volvía en sí, renovaba su donación a Dios y rezaba por los hombres ofreciendo sus dolores por intenciones muy concretas, como las necesidades de la Iglesia en aquellos momentos en Grecia y en otras partes. Nosotros estamos llamados a realizar por nuestra parte el mismo sacrificio. El papa Juan, en efecto, lo ofreció no a título de su autoridad papal o episcopal, sino a título del sacerdocio común a los fieles, según la doctrina del Concilio.

1. La verdad se hace en comunidad

Y he aquí para acabar una regla de oro, que ayuda muchísimo a «hacer la verdad». Dios se comunica a los hombres unidos en una comunión humana. En el Antiguo Testamento eligió a un pueblo, en este pueblo se reveló y estableció las bases de la fe. Luego Jesús formó a «los Doce» juntos, en una vida estrictamente común. Y sigue donándose en la Iglesia que les confió. Aquí, empero, por grande que sea la importancia de la Iglesia universal, tal comunión no se realiza sino a nivel humano. Los primeros cristianos vivían en pequeñas comunidades, en casas privadas, donde celebraban la Eucaristía, puesto que entonces no había iglesias. Sucesivamente tales comunidades se hicieron más numerosas, de modo que las casas privadas no servían para acoger a todos. Se levantaron entonces otros lugares de reunión y de irradiación. Tales eran las «iglesias primitivas». La palabra Iglesia, en efecto, significa asamblea.

He visto que han surgido grupos de esta clase en América latina. Y especialmente en Méjico. En Cuernavaca, por ejemplo, fue enviado un sacerdote a un barrio poco atendido por las parroquias. Un cristiano se puso a su disposición y lo hospedó en su casa. Celebraba la misa en una de las dos habitaciones que le cediera. El local resultó muy pronto demasiado pequeño y entonces derribó la pared divisoria para poder acoger a la gente. En aquella periferia mejicana he visto vivir concretamente el dinamismo de los orígenes del cristianismo.

Es esta necesidad comunitaria la que explica el nacimiento y la multiplicación de las Ordenes religiosas. En la Edad Media la Iglesia miraba inquieta su multiplicación y los Concilios intervinieron con severidad creciente para evitar que se fundaran otras. Pero su numero fue creciendo a través de los siglos, en parte porque en otras partes no existían comunidades vivas y exigentes, al estilo de la Iglesia de los primeros siglos. Se trata de una exigencia del Evangelio, de una lección de la historia y de la experiencia: *a Cristo se le descubre en la comunidad*, mientras que la fe individualista languidece.

Tal ley está fundada en la doctrina misma del cuerpo místico. Nosotros somos salvados no aisladamente, sino mediante nuestra incorporación a Cristo, realizada por el bautismo y robustecida con los otros sacramentos.

Pero no basta que los sacramentos sean administrados de hecho, materialmente. Es necesario que el cuerpo viva como cuerpo, y en consecuencia que establezcamos una comunión humana auténtica en la cual los

más fuertes sostengan a los más débiles y a su vez sean fortalecidos por esta responsabilidad. En otras palabras, el cuerpo místico no debe ser una abstracción, sino una realidad viviente, y a tal fin son necesarias comunidades donde el contacto, el intercambio y las comunicaciones sean efectivas.

Por este motivo he dado a menudo este consejo a jóvenes que se dirigían a mí después de haber terminado el catecismo o al salir de un colegio religioso:

«Si queréis salvaguardar vuestra fe, buscad un grupo cristiano operante y formad parte de él; procurad que sea un grupo hecho a vuestra medida, según vuestras posibilidades; si tenéis la suerte de encontrarlo, lo demás vendrá de por sí».

Y en el confesonario, alguna vez he añadido: «Es ésta la penitencia que le impongo».

Grupos operantes de esta clase son indispensables para que el cuerpo místico se vuelva una realidad vivida. Naturalmente, no deben ser grupos cerrados o exclusivistas, sino acogedores y muy abiertos a reagrupamientos más vastos.-Así implantados, han venido a ser en nuestros días una mediación necesaria para los cristianos que viven en una civilización tentacular; sólo así la Iglesia-institución no se reducirá a una abstracción lejana, como es aún hoy para muchos católicos.

Su fisonomía puede ser muy variada: comunidad de barrio, de un sector aislado, comunidad profesional, basada en grupos económicos; comunidad litúrgica, disociaciones al servicio de los pobres o tic la cansa del desarrollo. Hs muy importante que encuentren su forma de oración común, en la cual se expresan y se unan a Dios auténticamente. En efecto, sola mente una liturgia viva eliminará los riesgos actuales de la secularización. Sólo así la acción de los cristianos al servicio del mundo no permanecerá encerrada en los límites seculares de este mundo, sino que encontrará su florecimiento pleno en la realidad mística de Cristo; sólo así la acción horizontal en el mundo de los hombres hallará su inspiración y desembocadura vertical en Dios.

Multiplicar estas comunidades en las cuales el cuerpo místico se viva en una comunión afectiva, reorganizar de este modo la base de las comunidades parroquiales demasiado gran des y la Iglesia entera, constituye sin duda uno de los problemas clave del porvenir de la fe y una de las tentativas de vanguardia que actualmente persigue la Iglesia.

5. CRISIS DE CRECIMIENTO

Para ciertos espíritus la «crisis» actual de la fe es una crisis mortal. Son cristianos pesimistas y ansiosos, o bien enemigos del cristianismo que se alegran de esta situación. Su diagnóstico común se funda en la importancia de los cambios en curso dentro de la Iglesia y en la incertidumbre que demuestra ante ciertos problemas. Les impresiona el contraste entre su humildad y los triunfos del progreso humano en astronáutica, en medicina y en otros campos. Dios parece que resulta inútil. La ciencia y la técnica, ¿no han triunfado en la medida que han tratado de explicar los problemas des de un plano material, sin recurrir a la causalidad de Dios?

Mientras que en el arco iris se ha visto una intervención gratuita de Dios, no se ha entendido este fenómeno. La explicación ha venido al ver en él un caso de refracción según las leyes del prisma. De manera semejante no se ha buscado el remedio tópico de ciertas enfermedades mientras se veía en ellas la consecuencia del pecado; se ha hallado el remedio solamente cuando se ha buscado la causa en el terreno físico, en el campo de los microbios y de los procesos anatómicos y fisiológicos.

El Dios concebido como un *Deus ex machina*, como un Dios relojero que ha regulado mal el péndulo y que interviene continuamente para arreglarlo, repugna a nuestra época y no favorece en manera alguna la consideración de su trascendencia. Dios no es Creador de esta clase. Su presencia en el mundo es más universal y profunda. Lo que la ciencia discute no es el verdadero Dios, sino una cantidad de pequeños «deberes» que hasta ahora se le atribuían de manera poco menos que irreverente. Los progresos de la ciencia nos invitan a descubrir a Dios en una luz más decorosa y al mismo tiempo al hombre, que El ha constituido rey de la creación según el Génesis, 1,28:

> *«Procread y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra»,*

El progreso humano realiza este dominio descubriendo el rigor del orden creado. Dios ya no se ofrece como un ser escondido en las hendiduras y en las quebradas del mundo, sino más profundamente, como el Ser que no es del mundo, anterior a él, el Ser por quien todo subsiste. Comprendemos mejor que El es «completamente diverso», situado a un nivel distinto del nivel del mundo. No es una causa como las otras en la trama del mundo, sino la Causa primera, sin interferencias con las causas segundas que se encadenan rigurosamente en el orden de la creación. Naturalmente, la omnipotencia de Dios tiene el poder de intervenir en el orden establecido por ella. Tal intervención es lo que denominamos «milagro». Hoy comprendemos mejor que la sabiduría de Dios no multiplica los milagros y los realiza con discreción, sin trastornar profundamente la naturaleza; es más, utilizándola en manera excepcional, como constatamos en las curaciones de Lourdes.

Cuando Gargam fue curado, echó a andar. Después de varios meses de enfermedad pesaba menos de cuarenta kilogramos, la mitad de su peso normal; el trabajo de su organismo fue el que reconstruyó la carne y los músculos. De la misma manera, cuando en Lourdes se opera la curación de una herida profunda, la hendidura vacía no se llena con un acto creador; los mecanismos de cicatrización rápida reconstruyen los tejidos y en la superficie queda la cicatriz. La presencia de Dios en el mundo es mucho más radical que estas intervenciones raras y discretas* La existencia misma del mundo subsiste gracias a su voluntad creadora, gracias a su «palabra», como dice la sagrada Escritura.

De manera parecida, Dios no ha salvado el mundo con una intervención mágica y desplegando su omnipotencia, sino insertándose humildemente, sin ruidos, según un proceso natural, cuyo elemento milagroso permanece un misterio indescifrable. La concepción virginal fue un secreto para José y María mientras vivieron. Cristo fue formándose en ella lentamente, durante nueve meses de gestación, como cualquier otro niño. Creció en la pobre aldehuela de Nazaret, Y fue en esta impotencia humana asumida por nosotros donde demostró su naturaleza más profunda. El es Amor más bien que Poder.

De este modo, ante todo, ha querido integrarse en la familia humana, estar con los hombres y entre ellos para darse a ellos.

Así ha revelado que Dios no es soledad, sino perfección del Amor, es decir, perfección de la unidad en la pluralidad. Se ha revelado como el hijo del Padre y ha manifestado al Espíritu, que es el Vínculo mismo de su Amor.

De esta manera ha manifestado a los hombres que lo mejor que hay en ellos y lo mejor que hay en la creación es el amor creado a imagen de Dios. Comprendemos entonces el lugar que le ha dado al amor en la creación y por qué multiplica en ella los reflejos más variados de su Amor trascendente.

De esta manera ha escondido en el amor de los padres por los hijos, fuerza y ambición; en el amor de los hijos por los padres, admiración y reconocimiento; en el amor de las madres, ternura; en la amistad, luz...

Este es el verdadero desenvolvimiento de la salvación; no se trata de prodigios mágicos; consiste en la fecundidad del Amor de Dios en el corazón del hombre.

1. - La oración infalible

Concebir a Dios de esta manera no significa empequeñecerlo sino reconocer su verdadera naturaleza, su verdadera grandeza, tan diversa de las vanas grandezas que el hombre pecador busca. Esta perspectiva nos invita a buscar a Dios en su nivel y no en otras cosas; a pedirle lo que quiera darnos para nuestro bien y de la manera que El ha establecido, en lugar de pedirle las mil otras cosas que los niños caprichosos piden a sus padres ciegos.

A veces nos escandalizamos porque ciertas oraciones no son escuchadas, ya que Cristo dijo: *«Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá»*. Lo malo es que no prestamos suficiente atención a la cláusula; *en mi nombre.* No es posible pedir al Padre cualquier cosa en nombre de Cristo. En su nombre podemos pedir solamente lo que está de acuerdo con el Cristo del Evangelio. Esto, podemos estar tranquilos, lo obtendremos infaliblemente, cuando lo pedimos con fe, amor y perseverancia, para poder enfrentamos con las responsabilidades que Dios nos ha confiado. Si escuchara las otras oraciones, se abajarían Dios y el hombre mismo.

Podríamos examinar asimismo cada uno de los dogmas o de los aspectos del dogma y nos percataríamos de que la famosa «crisis de la fe» consiste sobre todo en la necesidad de purificar ciertas representaciones ingenuas, indignas con frecuencia de Dios y del hombre, para quedarnos con lo esencial, que habíamos dejado olvidado.

2. - ¿CRISIS O RENOVACIÓN EUCARÍSTICA?

Tomemos por ejemplo la Eucaristía. A veces se oye decir que la fe en este sacramento ha disminuido. Y es una constatación en ciertos aspectos exacta. Las bendiciones con el santísimo Sacramento y las horas de adoración se han hecho cada vez más raras. ¿Se ha puesto en duda la fe en la presencia real? ¿Qué es lo que estaba sucediendo, exactamente, en este campo, en la Iglesia y la historia?

Después de las discusiones suscitadas por Berengario en la Edad Media y sobre todo después de la crisis protestante, el catolicismo, por reacción contra esta última, había marcado el acento en la presencia real. Ella constituía el centro de la predicación eucarística y el culto de tres siglos se ha desarrollado en esta línea. Se han multiplicado las formas de adoración. Al mismo tiempo, sin embargo, tal insistencia exclusiva ha llevado a olvidar otros aspectos de la doctrina eucarística y a veces también a verdaderas desviaciones.

Así, no dejaba de ser una costumbre muy extraña la de impartir la bendición eucarística inmediatamente después de la misa solemne, como si la bendición pudiera añadir algo. La renovación litúrgica instaurada por el Concilio ha dado la vida a usos más juiciosos a este respecto, usos que se van difundiendo rápidamente en las comunidades fervorosas y que consisten en dejar un tiempo de adoración *durante la misa misma,* antes de la comunión y algo más largo después. Ese tiempo se emplea para cumplir en silencio un acto de acción de gracias común, o bien para adorar juntos a Cristo, que ha venido al corazón de todos y de cada uno, para recibir en espíritu su alimento espiritual, lo cual es más importante que estar simplemente contemplando las especies bajo las cuales se entrega.

3. - BÚSQUEDA DE PLENITUD

La evolución de la fe y del culto eucarístico no significa, por tanto, una pérdida, sino una prolongación y una profundización. Es una búsqueda de plenitud. Se tiende a valorar no sólo el hecho de la presencia real, sino la totalidad del don encerrado en la Eucaristía, de su significado y de sus frutos.

La misa no es solamente el hecho material de la presencia de Cristo. Sirve para perpetuar su misterio completo, el sacrificio en el cual se entregó hasta la muerte. En ella el Hombre-Dios se nos da no de manera estáti-

ca sino de manera dinámica. Se actualiza y se presenta el sacrificio salvador de la cruz, la resurrección y el cumplimiento celestial de su destino. Y todo ello a fin de que nosotros participemos. Cristo instituyó la Eucaristía para que cada uno se nutra: *«Tomad y comed»*. En muchas naciones, los siglos en que se han multiplicado las manifestaciones en honor de la presencia real, son también los siglos en que las comuniones eran raras, o en los cuales se hacían a menudo fuera de la misa, fuera de su contexto natural, lo cual disminuía el sentido y la eficacia.

Hoy comprendemos mejor el valor comunitario de la Eucaristía. Hemos vuelto a descubrir que es el sacramento de la caridad. Une estrechamente a quienes se alimentan juntos y es un compromiso para amarse unos a otros como Cristo nos amó. Tal exigencia está inscrita en la misma señal del pan participado y del vino bebido en la misma copa, señal que el Concilio ha vuelto a poner en plena luz, autorizando en ciertas circunstancias la comunión de los fieles con el cáliz.

Yo tuve la dicha de descubrir este simbolismo y este compromiso escuchando a mi padre, que era arquitecto. Un día, con palabras muy sencillas, me explicó cómo cumplía uno de sus deberes profesionales. A veces el tribunal lo designaba juez conciliador. Su tarea consistía en hacer todo lo posible para que se avinieran los que iban a incoar el juicio. Como buen cristiano solía aceptar encargos de esta clase. Estudiaba diligentemente el problema sobre el lugar, reunía por separado las razones de los unos y de los otros y buscaba una solución equitativa, en beneficio de todos. Cuando la encontraba, trataba de que la aceptase una parte primero y luego la otra. Y cuando el acuerdo le parecía completo, redactaba el acta para la firma y reunía a los contendientes. Pero antes de firmar, pedía siempre un litro de vino. Llenaba los vasos y levantaba el suyo para beber.

— Cuando la gente ha bebido junta, firma siempre.

— Pero entonces —le pregunté— ¿la reconciliación es infalible?

— No —me respondió—, porque en algunos casos una de las partes se queda dudosa; a veces coge el vaso, pero antes de beber vuelve a dejarlo sobre la mesa y dice: «No bebo». Entonces la tentativa de reconciliación fracasa y comenzará un proceso interminable ante los tribunales. Pero en nuestras partes, cuando los hombres beben juntos la reconciliación es cosa hecha; firman siempre.

Los cristianos ¿perciben esta exigencia de amistad entre personas que han bebido juntas? ¿Advierten cuánto más necesaria es esta necesidad en el caso de quienes participan del cuerpo y de la sangre de Cristo? Si hay

demasiados que permanecen esclavos de sus rencores, ¿no depende quizá de que en el rito litúrgico no se ha manifestado suficientemente esta exigencia que todo corazón bien formado intuye? Hoy se están efectuando grandes progresos en este sentido.

Hemos vuelto a descubrir la importancia de la Eucaristía, la importancia que tiene para el porvenir, su dimensión escatológica, como dicen los teólogos, basándose en el sentido de estas palabras de san Pablo: «*Cuantas veces coméis este pan y bebéis el cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que venga*» (1 Cor 11 26).

La presencia real ha sido de esta manera restablecida en su conjunto; no se la empobrece sino que se la enriquece y hace menos material y más rica de consecuencias. A fuerza de concentrarse en ella, algunos habían llegado a aislarla de lo demás, a privarla de su dinamismo y materializarla. Se representaba la Eucaristía como una *inclusión* de Cristo *en* el pan y el vino consagrado. Se hablaba del «divino prisionero del tabernáculo». Pero tales palabras sonaban a falso. Cristo no es un *prisionero.* El se entrega por un prodigio de comunicación universal a todos los tiempos y a todos los lugares. Se hace todo para todos a través de esta misteriosa presencia indefinidamente multiplicable según las necesidades de la Iglesia.

Se tenía la tendencia a reducir a Cristo a los límites del signo que realiza su presencia, a pensar que era El mismo el que sufría lo que se verificaba en la señal de su materialidad. Así se decía comúnmente que no había que masticar la hostia con los dientes, como si ese gesto pudiera herir a Cristo. Se hablaba de ciertos sacrilegios cometidos con la hostia, y de sucesos prodigiosos unidos a ellos. En realidad lo que hiere a Cristo en actos de esta clase es el odio y quizá la degradación de quienes se rebajan a brujerías tan imbéciles, pero no la materialidad de lo que pueden cumplir sobre la hostia. Las sevicias alcanzan al *signo,* las especies eucarísticas, pero no a la realidad del cuerpo de Cristo. Es lo que con tanta profundidad expresaban los himnos medievales dedicados al Santísimo Sacramento:

No hay partición en la substancia;
tan sólo en los accidentes:
no sufre detrimento
ni en su estado ni en su estatura.
Nulla rei fit scissura
Signi tantum fit fractura
Qua nec status nec statura
Signati minuitur.

En pocas palabras, en el caso de la Eucaristía como en otros, la crisis actual es una crisis de crecimiento, una purificación, una vuelta a lo esencial en espíritu y verdad. Es una búsqueda de plenitud, de la plenitud que el Señor ha colocado en su Eucaristía. Y en este caso se vuelve sencillamente a la doctrina desconocida de santo Tomás de Aquino. Cristo, en efecto, según sus explicaciones, no experimenta cambio alguno o mudanza local por el hecho de la presencia real. El permanece en el cielo, ese lugar universal y universalmente comunicable, substraído a la duración fragmentaria del tiempo. Solamente el pan y el vino experimentan una transformación que realiza su presencia. Además tal transformación permanece inaccesible a los medios humanos, a los ojos, al tacto, y a los mismos instrumentos científicos. Es totalmente misteriosa y supera toda apariencia. Por eso es llamada mutación substancial, es decir, sub-stante, subyacente a todo lo que podemos percibir. Cristo mismo hace subsistir el signo del pan, que ya no es el signo del pan, sino sólo la apariencia o especie. El hace subsistir el signo del vino, que ya no es el signo del vino, sino su apariencia inmutada. El los hace subsistir como signos puros de su misma presencia. Así está realmente presente, pero en manera espiritual, metafísica, cuya naturaleza supera toda comprensión.

Aquí está el misterio de la fe: la presencia se realiza en toda verdad, sin que por una parte el cuerpo de Cristo sea alterado en sí mismo y sin que, por la otra, la serie de las causas naturales que caracterizan al pan v al vino sufra modificación *«cuando comemos este pan y bebemos este vino»*.

Se trata de una explicación honda y fecunda, Ella manifiesta la sabiduría divina. Dándose, Dios respeta el orden de las realidades naturales. La ingeniosidad de su amor está muy por encima de las metamorfosis mitológicas y de cualquier clase de magia. El se entrega en otro orden.

Esta doctrina de santo Tomás, desconocida durante largos siglos, es doblemente preciosa.

Elimina toda discusión de orden científico, puesto que se respetan integralmente los planos de los fenómenos.

Pero sobre todo nos presenta una idea más justa, más digna de la manera en que Dios se da. La unidad de Cristo resucitado no es fraccionada ni alterada. La consagración afecta solamente al pan y no a su cuerpo, que entra en una relación real y substancial con la hostia. No se trata sólo de un descenso de Cristo, sino más bien de un acto con el cual El asume «transustanciándolas», las apariencias de la oblación presentada en el altar. De este modo la comunidad entera se pone en contacto con el Cristo celestial

y es atraída a El. Todas las comunidades que celebran la misa se hallan así reunidas —más allá del tiempo y del lugar— en la persona de Jesucristo, en su sacrificio único, más profundamente de lo que nos podemos imaginar. Somos nosotros los que venimos a gravitar en torno a su misterio, y no su misterio en torno a nuestros quehaceres humanos. Captamos el sentido profundo de la liturgia, tal como la conciben los orientales. Para ellos la celebración de la Eucaristía no es sólo un bajar del cielo a la tierra, según sus representaciones, sino más bien un acceso anticipado al cielo de toda la comunidad cristiana. Es la escatología, la última realidad, anticipada.

Descenso de Cristo a nosotros, subida de la Iglesia hacia El no son otra cosa que dos maneras complementarias de representarse una misma realidad totalmente misteriosa, la realidad del amor de Dios que se da.

4. - SI EL GRANO NO MUERE

Si la actual evolución nos obliga a reflexionar y a despojarnos, en realidad nos conduce siempre y decididamente a lo esencial: al amor de Dios por nosotros y a la respuesta que El nos invita a dar.

Podríamos pasar uno por uno los dogmas que están en camino de reflexión a la luz de la Biblia, de la tradición y de las exigencias de la mentalidad moderna, v nos daríamos cuenta de que la «crisis» actual es esencialmente una vasta tentativa para comprenderlos de modo más auténtico y pleno. Es un camino sembrado de dificultades, de dudas, de incertidumbres, de pasos oscuros, pero en definitiva se trata de una vuelta a la verdadera tradición, más allá de las aproximaciones que ya no satisfacen las exigencias intelectuales de hoy, y de una manifestación de la plena validez del dogma para nuestro tiempo.

En un movimiento tan vasto algunas cosas aparecen y otras desaparecen. La semilla que se arroja al surco muere para dar fruto. De aquí una pregunta espontánea: ¿Esa semilla germinará o se pudrirá? Ciertamente todo cambio comporta la aparición de alguna cosa e implica una descomposición. Es más, en los cambios fallidos, no se verifica más que la descomposición. Pero por lo que se refiere a la evolución actual, todos los síntomas nos inducen a pensar que la vida germinará y renacerá. A todos y cada uno de nosotros nos corresponde la obligación de contribuir a ese renacimiento y apresurar el tiempo de la recolección.

6. LA FELICIDAD DEL CREYENTE

¿Es una dicha el creer? El argumento es digno de una tesis de doctorado. Sobre la felicidad del creyente se han escrito muchas páginas.

Alguno, empero, no está muy convencido. Tiene la impresión de que la fe es incómoda, fastidiosa; de que es una especie de freno algo que impide lo que se querría hacer. Aquí abajo, por lo menos, no la considera muy agradable e interpreta en este sentido las palabras de san Pablo: «*Si Cristo no ha resucitado... somos los más miserables de todos los hombres*» (1 Cor 15,17-19).

Pero se trata de una interpretación errada de la paradoja de san Pablo. Según el apóstol, si fuera verdadera la tesis que plantea, la felicidad consistiría en engañarse en lo más esencial. Y todo cristiano digno de este nombre tendría que admitir que engañarse sobre la realidad del propio amor, amar una ilusión, es para quien ama la más amarga de las desgracias.

Tomada en serio, en cambio, la fe da una felicidad que el Señor prometió personalmente:

> «*En verdad os digo, nadie hay que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos por causa de mí y por causa del Evangelio, que no reciba el cien doblado ahora en este tiempo, en casa y hermanos, y hermanas, y madre, e hijos, y campos*» (Mc 10,29-30).

Nótese bien que Jesús no promete la felicidad solamente para el porvenir ultraterreno, sino *desde ahora, en este tiempo.* Lo afirma con insistencia, a fin de que no nos engañemos. El que toma la fe en serio y renuncia a todo por amor de Dios, encuentra en otra manera —menos exclusiva y posesiva, más libre y espiritual, más generosa y participada— el céntuplo de lo que habría poseído sin ese acto. Este era uno de los elementos de la alegría radiante de san Francisco, de su alegría terrena. El vivió en

espíritu de fraternidad con todos los hombres, los animales y la tierra entera, aunque no poseyó materialmente nada propio, en exclusiva, a la manera de los ricos de este mundo:

> *«Alabado seas, oh Señor mío, por la hermana agua...»*

Algunos cristianos han expresado esta felicidad en términos curiosos y paradójicos:

> *«No hay nada tan bello, tan profundo, tan simpático, tan razonable, tan valiente y perfecto como Cristo, y no sólo no hay nada, sino —lo digo con amor celoso— que no lo puede haber. Es más, si alguien me demostrara que Cristo está fuera de la verdad, y la verdad no estuviese realmente con Cristo, preferiría estar con él más bien que con la verdad».*

Así escribía Dostoievski bacía fines de 1884. Y las suyas no son palabras de un hombre para quien la fe le resultara fácil. Las líneas que preceden demuestran, por el contrario, por qué Dostoievski decía:

> *«Soy hijo del siglo, un hijo de la incredulidad y de la duda, lo soy al día de hoy y lo sé, y lo seré hasta el fin de mis días. ¡Qué torturas me ha costada y me cuesta aún esta sed de creer, tanto más fuerte en mi alma cuanto más numerosos son los argumentos contrarios para mí! Y no obstante, Dios me concede momentos en los cuales me siento completamente tranquilo. En esos momentos amo y creo ser amado por los otros. Y me he escrito un Credo, en el cual todo es para mí claro y sagrado. Ese Credo afirma simplemente que no hay nada más hermoso que Cristo».*

De manera análoga, el padre Valensin y su alumno François, muerto muy joven, solían repetir esta frase del filósofo alemán Fichte:

> *«Si por un absurdo en el lecho de muerte me fuera revelado con una evidencia perfecta que me he engañado, que no existe sobrevivencia, que no existe siquiera Dios; pues bien, no lamentaría el haberlo creído; pensaría que ha sido un honor para mí el creerlo; que si el universo es algo estúpido y despreciable, tanto peor para el universo; pensaría que la sinrazón no está en mí por ha-*

ber pensado que Dios existe, sino en Dios por el hecho de que no existe».

(A. Valensin, *François,* p. 166 y *Autour de ma foi,* París, Aubier, 1948, p. 56).

Ciertamente que si estas palabras significaran: «Prefiero mi felicidad personaba la ver dad», o bien: «Dudo de mi fe, pero continúo creyendo porque me resulta cómodo», serían palabras repugnantes e insostenibles. Constituirían una injuria para Cristo, que es la verdad, y una humillante degradación espiritual.

1. QUIEN SALVA SU VIDA LA PERDERÁ

Pero a los efectos se trata de otra cosa. Lo que los cristianos quieren decir tan paradójicamente es que el Cristo conocido y vivido es de por sí una prueba insuperable. El ha dicho: «Yo soy la verdad». Si por hipótesis imposible existiera otra verdad, ellos sabrían que no puede competir con la que han recibido de Dios. San Pablo no era menos paradójico cuando, siguiendo a Moisés (Ex 3,32), decía:

«Desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo por mis hermanos» (Rom 9,3).

Se trata de un grito, no de una tesis: de un lenguaje alado que no hace falta apurar, si no se lo quiere ver caer pesadamente. El hecho de que san Pablo fuese condenado no habría servido para nada, ni para Dios ni para los hombres. Todo Jo contrario. El salvó a sus hermanos por otro camino.

San Pablo con este lenguaje paradójico Índica que la felicidad del creyente no es la felicidad del egoísmo, sino del amor que se da hasta perderse y se encuentra perdiéndose: quien quisiere poner a salvo su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida, la salvará, dice Jesucristo (cfr. Me 8,35).

La felicidad de la fe no es una seguridad estática, una especie de calmante contra la angustia de la muerte. Y no obstante nos pone en las manos de Dios, que no puede abandonarnos. Se trata de un valor precioso y el hombre no tendrá nunca otra garantía contra la muerte o contra ciertas soledades de esta tierra.

En 1944, en el campo de concentración en que estaba internado, conocí a un oficial. La vida despreocupada de la anteguerra lo había alejado de Dios, y volvió a la fe de la siguiente manera. Huyó del campo, pero la Gestapo lo atrapó antes de que pasara la frontera. De la noche a la mañana se encontró en una celda de segregación. Ni visitas, ni compañía, ni interrogatorio. El único contacto humano era el potaje de todos los días. Se lo pasaban sin pronunciar una sola palabra, una vez al día. De vez en cuando asomaba el ojo inquisidor del guardián. El más pequeño movimiento detrás de la puerta lo alarmaba y sólo le preocupaba la observancia del reglamento. Se le prohibió incluso sentarse sobre la yacija antes de la hora de queda, bajo pena de graves sanciones... Ni un libro, ni un lápiz, ni un papel, ni una distracción. En aquella soledad temió volverse loco con el transcurrir de los días y de las noches interminables. Pero poco a poco en el fondo de su corazón fue descubriendo una presencia. En el ayuno del cuerpo y del espíritu encontró las oraciones de la infancia y recordó algunos versículos del Evangelio y algunas palabras de la misa, que creía haber olvidado. Cada día recordaba más, y los repetía lentamente. Prolongaba lo más posible aquellos momentos de gracia. Y no se sentía solo, y así fue como resistió y se sintió fortificado. Cuando salió un año más tarde, era otro hombre; era más hombre y al mismo tiempo cristiano.

2. ¿RIESGO O SEGURIDAD?

Sí, la presencia y el amor de Dios son factores de seguridad. Pero quizá se ha insistido demasiado sobre este punto, hasta transformar a los cristianos en seres «asegurados», tranquilamente acomodados en su seguridad como en un sofá, aburguesados y adormecidos, practicando el cristianismo como un contrato de aseguración, sin entusiasmo ni iniciativa.

Por esto el tema de la seguridad de la fe irrita hoy a ciertos espíritus hasta la indignación. Algunos amigos decían a la escritora francesa Simone de Beauvoir, en ocasión de la muerte de su madre: «Si poseyeras la fe, sería un consuelo para ti».

Pero a ella la perspectiva de tal consuelo le parecía un refugio infantil y vergonzoso. Ciertos cristianos practicantes de hoy son excesivamente severos para con este culto de la consolación. Un dominico francés escribía últimamente:

«He aquí lo que tenemos que combatir más a menudo: la fe entendida como una consolación, la fe que se alimenta sólo de la constatación de la precariedad del mundo y según la cual serían los fracasos y reveses sufridos aquí abajo los que me dieran la posibilidad de recuperarme en el otro mundo... Nos movemos en un cristianismo infantil, en el cual recordamos sólo las verdades consoladoras que hacen nuestra existencia soportable» (J. Cardonnel, *Dieu est mort en Jesus-Christ,* Bordeaux, 1967, p. 135-136).

3. «EN PERSECUCIONES»

La fe, la fe verdadera, se vive en cambio como un riesgo, y en este sentido se ha podido hablar del «hermoso riesgo de la fe».

Ante todo, apoyarse en la fe y en la palabra de Dios significa seguir una especie de radar invisible antes que las evidencias sensibles: escándalo para los judíos, locura para los paganos...

Naturalmente todo esto no se realiza sin conflictos ni renuncias a muchas seguridades de esta tierra. Así en los primeros siglos los neófitos debían renunciar a ciertas profesiones para que les bautizaran. Entre ellas se contaban las de soldado y de juez porque comportaban la posibilidad de matar y de condenar a muerte. Había que re-convertirse. De la misma manera, hoy, muchos renuncian a una existencia segura y estable, a una carrera que exigiría compromisos, aunque sea la carrera eclesiástica, para poder abrazar el Evangelio. Así la promesa del céntuplo está acompañada por una cláusula que es lo contrario de la seguridad.

Al prometer el céntuplo aquí abajo *«en casas, hermanos, hermanas y campos»,* Jesús añade también «en persecuciones» (Mc 10,30).

Y en otra parte dice:

«No vine a poner la paz sino espada. Porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre... y los enemigos del hombre serán los de su casa» (Mt 10,34-36).

Estas palabras no se oponen a la promesa de la Navidad: *«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».* La colocan, sencillamente, en otro plano. La paz se promete a quienquiera que cuenta con Dios y con-

forma peligrosamente su vida según las exigencias de su amor. La paz de Cristo no es siempre la del mundo...

En lo que concierne a la fe, nuestro tiempo es menos estable que los pasados. La vida en Cristo no sobrevive si no es por medio de una continua re-conversión. Y esto es trabajoso y poco agradable. Hay que reexaminar de continuo la propia existencia, sus fórmulas, sus imágenes a la luz de lo que el estudio de la revelación manifiesta mejor día tras día a la vista de las exigencias siempre renovadas de la hora presente.

La seguridad de hoy no puede ser la de un baluarte o de un castillo fortificado. Es la seguridad del navegante que sabe adaptarse a los vientos y a las olas. Este símbolo de la Iglesia es más evangélico que el de un castillo bien fortificado.

A costa de todas estas inseguridades —las que Cristo nos ha predicho y las que se derivan de la situación particular actual— es como la fe encontrará su «seguridad», una seguridad dinámica sobre la base del Evangelio, una seguridad completamente diversa de las felicidades de este mundo, según las bienaventuranzas. Una seguridad fundada sobre Dios.

No se trata de una felicidad semejante a la del hombre que recibió el talento del patrón y lo sepultó en el campo. Es una felicidad semejante a la del mercader que vende todo para comprar la perla preciosa o el campo donde está el tesoro escondido o parecida a la de la semilla de trigo echada en tierra, que muere para dar fruto. La felicidad de Cristo, que «no se aferró a su condición divina como un robo, sino que se revistió de la condición de siervo» y aceptó los riesgos de la condición humana hasta ser condenado por Poncio Pilato y morir ignominiosamente en la cruz. Es a los que siguen por este camino a los que da el céntuplo desde ahora.

4. - EL IDEAL DE LA FE

Junto a Cristo, fuente y objeto de la fe, conviene recordar también a aquella que es el modelo y ejemplar, a aquella que vivió de la mejor de las maneras la condición de la fe.

Cristo está, en cierto sentido, más allá de tal condición, porque es la «*verdad*» en persona y la *«luz del mundo»*. No parece que atravesara la noche que caracteriza a la fe de aquí abajo, aunque en su condición humana experimentó misteriosamente las tinieblas que atestiguan las palabras del Getsemaní y de la cruz: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

En cambio, la Virgen María conoció integralmente, como cada uno de nosotros, la condición común de la fe. Y ahí está la fuente de su felicidad. «*Bienaventurada porque has creído*», según las palabras proféticas de Isabel en la Visitación.

Sobre la palabra de Dios que se le comunicó en la Anunciación, ella arriesgó la vida, la reputación, el porvenir, sin ponerse a calcular las consecuencias. Se fío totalmente de él. Y así se introdujo en la existencia pobre y amenazada de Cristo, desde el pesebre de Belén hasta los pies de la cruz. La «bienaventuranza de su *fe*» fue, pues, oscura y dolorosa, en la medidla que lo puede ser para una madre herida en su amor por la muerte atroz de su único Hijo. Conoció el céntuplo de la promesa evangélica «con las persecuciones» (Me 10,30): «la espada de dolor» profetizada por Simeón. Y precisamente en esta prueba su fe se volvió forma perfecta, así como había sido el punto de partida y el tipo mismo de la fe de la Iglesia. Como la fe de la Iglesia docente se centra en la infalibilidad del colegio episcopal, que el Papa puede ejercitar solo, así la Virgen realizó en su persona la infalibilidad de la Iglesia discente, llamada «*infallibilitas in credendo*», la aceptación perfecta de la fe vivida.

Que la Virgen nos ayude a descubrir este secreto. Ella no desea otra cosa que participárnoslo.